



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

**"LOS DISCURSOS SAGRADOS" DE
ELIO ARÍSTIDES**

T E S I S A

PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

LICENCIADA EN LETRAS CLÁSICAS

P R E S E N T A :

SANDRA LUZ RAMÍREZ ESPARZA



ASESORA: DRA. LOURDES ROJAS ÁLVAREZ

CIUDAD UNIVERSITARIA

2008



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS

Principalmente a mi asesora la Doctora Lourdes Rojas Álvarez por la paciencia, el asesoramiento y su ayuda incondicional a lo largo de tantos años.

A mi amiga y sinodal Norma por su apoyo, sus sugerencias y su exhaustiva y minuciosa revisión al presente trabajo.

A mis papás que a lo largo de mi formación como persona y como profesionista ahí han estado en espera de que yo sea mejor y me vaya bien a lo largo de mi vida.

A las dos personitas más importantes de mi vida, que gracias a ellos, he logrado concluir este trabajo, quienes han sido capaces de perdonarme por ese tiempo que les he robado por dedicarme a otros asuntos, a Sören y Fiódor, mis 2 hijos.

A mis hermanos que me han asesorado e impulsado para que siga adelante con esto, Fabián, Gloria y Paco.

A mis demás sinodales, que al haber aceptado serlo y dedicar su tiempo a la revisión de mi trabajo y que con sus observaciones, lo enriquecieron. Al Doctor Víctor Hugo Méndez, a la Licenciada Lourdes Santiago y al Maestro David Becerra, gracias.

A la señora Martha Galván y al señor Rogelio Manrique (mis suegros) quienes incondicionalmente y sin esperar nada de mí, me han ayudado con su aliento a seguir adelante, ha que no me rinda; y cuidando a mis hijos cuando lo he necesitado, mil gracias.

Y a tí, que en estos 3 largos años, lograste inculcar en mí la confianza perdida, hiciste que este trabajo concluyera ya sin demoras ni pretextos, que me hiciste ver que la perdida de aquellos años, no fue tan mala. Y sobretodo, porque con tu amor y cariño, me impulsaste a ser mejor.

ÍNDICE

	Páginas
Índice	1
Agradecimientos	2
Introducción	3-4
Biografía de Elio Arístides	5-10
Arístides y la Segunda Sofística	11-15
Asclepios. La religión y los dioses en la obra de Elio Arístides	16-19
La Curación	20-22
Discursos Sagrados	23-26
Discurso Uno	27-41
Discurso Dos	42-66
Conclusión	67-69
Referencias Bibliográficas	70-71

INTRODUCCIÓN

Este trabajo sobre Elio Arístides, los *Discursos Sagrados* nos permite introducirnos en el mundo del siglo II d.C., en el cual gente común y grandes celebridades, como nuestro autor, se vieron involucrados. Es difícil saber algo de Elio Arístides; lo que se encuentra de él en los libros no es suficiente y los autores manejan la misma información. La mejor forma para enterarse de él es a través de su obra los *Discursos Sagrados*, que nos ofrece a grandes rasgos los datos biográficos que él mismo proporciona, aquellos que serán ampliados con la bibliografía de consulta básica, y en donde se vislumbra la vida cotidiana de la gente de esta época que adoptó conductas fanáticas tan impactantes, que son el objetivo de exposición del presente trabajo.

En este siglo destaca el politeísmo por tres causas evidentes las nuevas expresiones religiosas, la tolerancia propiciada por el gobierno de los antoninos y una fluencia intercultural importante. Ante esta gran irrupción Elio Arístides concentró su atención en un solo dios y puso su fe ciegamente en él, a pesar de ser él mismo politeísta. La intención es que quede claro que a pesar de su interés en otros dioses, su pasión por Asclepios es ilimitada.

La particularidad de los *Discursos Sagrados* es que relata su relación con el dios. De hecho la enfermedad garantizaba su vínculo con él. Al leer su obra, nos podemos enterar de las dolencias que sufrió y de que, a pesar de sus enfermedades crónicas, nunca perdió la fe en su dios, Asclepios. No dejan de sobresalir los esfuerzos que realiza para sobrellevar sus males gracias a su enorme religiosidad. Siempre agradece al dios los remedios de sus padecimientos o lo hace responsable de sus males.

Arístides no deja de ser admirable por el hecho de que, aún enfermo y quizá

presintiendo la muerte, basado en un sentimiento de vanidad o de credulidad, pensando que él había sido elegido por Asclepios, realiza una serie de esfuerzos para ser grande y famoso en el mundo de la oratoria.

El tema que me interesa destacar en la obra de Arístides es el de la religión, aspecto que fue muy interesante y muy importante en la vida del autor, a través de la cual engrandeció a Asclepio, quien es una pieza fundamental en los *Discursos Sagrados*, obra en la que analizaré, específicamente los discursos uno y dos; el primero en traducción de Maria C. Giner Soria, el segundo, en mi propia traducción. Cabe señalar que nuestro trabajo pretende ser un estudio que invite a la lectura de los Discursos Sagrados y no precisamente una traducción de los mismos. Apreciamos el trabajo de Giner Soria porque muestra un conocimiento erudito del tema y aventuramos nuestra traducción sólo en pasajes específicos que consideramos relevantes para el presente trabajo.

BIOGRAFÍA DE ELIO ARÍSTIDES

Es incierta la fecha de nacimiento de Elio Arístides, por una parte, unos dicen que nació el 26 de noviembre del año 117 durante el reinado de Adriano¹, pero otros lo sitúan hasta el año 129 ó 130 d. C.² Lesky determina la fecha de nacimiento debido a la constelación en la que nació.³ Es sabido que nace en Misia, no lejos de Adrianúteras; su familia era de terratenientes distinguidos, pero no muy ricos. Su padre fue Edernón, que desempeñó funciones políticas como sacerdote de un templo de Zeus Olímpico.⁴ También su muerte tiene diversas versiones; se dice que muere en Lanion en mayo del año 180 ó 189,⁵ mientras escribía su último discurso, “*el Panegírico*”,⁶ pero otros dicen que murió en sus posesiones en Misia en 187, víctima, como nos dice Galeno, de tuberculosis.⁷ Por su parte, Filóstrato nos dice que murió en su casa, y que otros afirman que en Jonia, tras haber vivido sesenta años o casi setenta.⁸

Contamos con algunos datos sobre sus estudios y maestros, quienes eran considerados como excelentes y los mejores de la época. Tuvo un maestro de gramática y de literatura en Esmirna llamado Alejandro de Cotieo; oyó lecciones de Herodes Ático en Atenas; en Pérgamo y Esmirna, de Claudio Aristocles y quizá de Polemón de Laodicea.⁹ También fue discípulo de Favorino y contemporáneo de Luciano.¹⁰ Pero también hay que mencionar que su formación no se limitó sólo a la retórica, sino que

¹ María C. Giner Soria, Introducción en Elio Arístides et al. Discursos Sagrados, p.27.

² Rafaelle Cantarella, Historia de la Literatura Griega: p. 305. O bien Albin Lesky, Historia de la Literatura Griega, p. 868.

³ Cfr. Boulanger y Behr en Giner. *op.cit.* p. 27.

⁴ Giner, *op.cit.* p.27.

⁵ Lesky, *op.cit.* p. 868.

⁶ Giner, *op.cit.* p. 30.

⁷ Juan Antonio López Férez et al. Historia de la Literatura Griega. p. 1045.

⁸ Filóstrato, Las Biografías de los Sofistas, p. 202.

⁹ Giner, *op. cit.* p. 27.

¹⁰ José Alsina, Literatura Griega, contenidos, métodos y problemas, p. 189.

incluso estudió filosofía en Pérgamo y en Atenas, lo cual lo lleva a hacer un recorrido por todas las ciudades de Grecia, pronunciando conferencias.¹¹

Sus viajes fueron muchos y por diversas causas: en los años 141-142 viaja hasta el interior de Egipto, deteniéndose en Cos, Cnido y Rodas, donde entra en relación directa con Serapis e Isis. En diciembre del año 143 parte hacia Roma a causa de su enfermedad, regresa a Esmirna por este motivo a finales del año 144 ya muy enfermo y en 146 acude al templo de Asclepio en Pérgamo.¹² En abril del año 155 emprende un largo viaje a Epidauro, Atenas y finalmente a Roma, en 156.¹³

Hasta el año 176 se tiene alguna noticia más de su vida y de su carrera, y de su relación con Marco Aurelio.¹⁴ En 177 ó 178¹⁵ ayuda a la reconstrucción de la ciudad de Esmirna que fue destruida por un terremoto y suplica a Marco Aurelio y Cómodo para que fuese reedificada. Algunos autores mencionan que por este hecho es considerado como fundador de Esmirna.¹⁶

Tuvo una carrera de orador famoso y aplaudido; era considerado un astro de la retórica,¹⁷ así como una de las principales figuras “literarias” de su época.¹⁸ Es importante mencionar que se consagra ante el público de Alejandría; escribe, se ejercita y recorre las ciudades de Asia, pronunciando discursos y conferencias.¹⁹ Al parecer en muy pocas épocas de su vida enseñó, porque se oponía a la enseñanza pagada, o al menos eso era lo que decía. Se tiene referencia de que Damiano dice que pagó diez mil dracmas por oír a Adriano y a Elio Arístides. Tal vez no aceptaba salario, pero sí,

¹¹ López Férez et al. *op. cit.* p. 1045.

¹² *ibid.*

¹³ Giner, *op. cit.* pp. 27-28.

¹⁴ *Ibid.* p. 30.

¹⁵ Cantarella, *op. cit.* p.305.

¹⁶ Filóstrato, *op. cit.* p.198.

¹⁷ Giner, *op. cit.* p.27.

¹⁸ P. E. Easterling y B. M. W. Knox *et al.* Historia de la Literatura Griega. p.708.

¹⁹ Giner, *op. cit.* pp. 27-28.

regalos en dinero.²⁰

En cuanto a su vida política, se le pidió en el año 147 que fuera sumo sacerdote en Asia. Los años 151-152 pretendieron que fuera recaudador de impuestos en Esmirna, y en 153 intentaron que fuera irenarca de Adrianúteras y miembro del consejo en Esmirna,²¹ pero siempre tuvo un pretexto e inteligentemente lograba esquivar la responsabilidad de cargos políticos. Sin embargo, una razón muy importante que en la realidad le impedía estas responsabilidades fue su mala salud. Algo que no podemos dejar de mencionar y que es de suma importancia en nuestro autor son sus enfermedades, ya que estuvo afectado constantemente por diversos males. En el año 143 comienza a estar enfermo, y en diciembre de 144 recibe las primeras revelaciones de Asclepio, esto en la ciudad de Esmirna. En el año 165 es afectado por una peste y en el año 171 dejó de tener accesos agudos graves y pudo sobrellevar sus molestias crónicas. Esto es, a grandes rasgos, lo que sucedió durante los 17 años en que estuvo en peligro.²² Ahora veamos algunos sucesos que ocurrieron durante su larga enfermedad.

Vivió 10 años, padeciendo enfermedades que mencionaremos a detalle más adelante, y sobrellevando sus males con curas reveladas, en una sucesión de extraños sueños e indicaciones que le llegaron mientras incubaba en el Asclepeion en la ciudad de Pérgamo.²³ Arístides se vio obligado a recurrir a esto debido a que otros tratamientos médicos que llevó a cabo fallaron, aquellos que le fueron prescritos por los médicos de su tiempo; fue así, como se convierte en un hombre profundamente religioso.²⁴ El tratamiento bajo Asclepio duró alrededor de trece años.

Hablaremos ahora de sus obras. Se puede decir, a grandes rasgos, que en algunos de sus escritos hay muestras de fe en Artemio, Eros, las ninfas, los Asclepiadas, Apolo,

²⁰ Cfr. Damiano en Giner, *op. cit.* p.199.

²¹ Giner, *op. cit.* p. 29.

²² *Ibid.* pp. 28-29.

²³ Easterling y Knox *et al.* *op. cit.* pp. 707-708.

²⁴ Lesky, *op. cit.* p.869.

el cual es padre de Asclepio. Se sabe que escribió himnos en prosa en honor de Atenea, Heracles, Dionisio, Asclepio, Zeus, Serapis y Poseidón.²⁵

En el año 155 pronunció las famosísimas oraciones del *Panatenaico* y el *Discurso a Roma*, su obra más famosa, puesto que es considerada como una de las mejores descripciones del imperio romano en el siglo II.²⁶ Se conservan más de 50 discursos, de los que 2 ó 3 no son considerados de su autoría; son de forma y argumento variado, en su mayoría discursos verdaderos,²⁷ pero también hay epístolas,²⁸ panegíricos a ciudades y declamaciones sobre temas de la historia clásica. Ahí, claramente se puede observar al orador que pretende suplantar una y otra vez al poeta,²⁹ pero esto se ve mejor en sus *Discursos Sagrados*, de los que inmediatamente hablaremos. Figura también bajo su nombre un tratado pequeño de retórica en dos libros: el primero trata sobre la oratoria política y el segundo sobre la oratoria desprovista de ornato.³⁰

Por último, en su discurso *Sobre la Retórica*, Elio Arístides ataca principalmente el *Gorgias* de Platón y pretende adjudicar la primacía de la retórica y reivindicar su carácter de *τεχνη*.³¹

La clasificación de su obra es la siguiente:³²

12 *μελε/ται* o ensayos.

6 *λο/γοι βουλευτικοι*: a) sobre la concordia (2)

b) serie esmirniota (4)

8 *λο/γοι επιδεικτικοι*: a) panegíricos de las ciudades (3)

²⁵ Giner, *op. cit.* p.17.

²⁶ *Ibid.*, p. 29.

²⁷ Los Discursos verdaderos son para Cantarella, discursos de forma y argumento variado. P. 306.

²⁸ Cantarella. *op. cit.*, p. 306.

²⁹ Lesky, *op. cit.*, p. 869.

³⁰ *Ibid.* p. 869.

³¹ *Ibid.*, p. 868.

³² López Férrez *et al.* *op. cit.* p. 1046.

- b) discursos fúnebres (4)
- c) discursos de aniversario (1)

11 ὑμνοὶ O HIMNOS: a) A los dioses

b) (otros) Atenea, Asclepio, Heracles, Dioniso, Zeus, Serapis,
Poseidón.

c) Al pozo del Asclepión, Al mar Egeo, Sobre el agua de
Pérgamo
(el cual quedó incompleto).

6 OBRAS TEÓRICAS: a) cuatro diálogos platónicos: Sobre la retórica, Por los cuatro,
Carta a Capítón, Sobre la digresión.

b) A los que le reprochan no declamar, Contra los que profanan
la
elocuencia.

1 διαλεξις o DISERTACIÓN: Contra las representaciones dramáticas.

6 DISCURSOS SAGRADOS.

1 DISCURSO EGIPCIO³³

DISCURSOS PERDIDOS.

a) Contra los danzantes.

b) Declamaciones.

c) Discursos Fúnebres.

OBRAS ATRIBUIDAS.

a) Contra Demóstenes acerca de exención de impuestos.

b) Artes Retóricas.

c) Hacia el rey persa.³⁴

³³ López Férez *et al. op. cit.* p. 1046.

En cuanto a su estilo, estaba en contra de las improvisaciones;³⁵ sus ideas son semejantes a los neosofistas,³⁶ es decir, coinciden con las ideas sobre la providencia y los oráculos de la escuela estoica. Su retórica es considerada demasiado vacía, pero de una lengua ática correcta³⁷ -es un verdadero aticista- ya que estaba inmerso en la oratoria y en la literatura de los siglos V y VI a. C.,³⁸ aunque Filóstrato diga lo contrario,³⁹ ya que él considera que Arístides: “poseía valiosas dotes innatas y eliminó de su discurso la vana palabrería”.⁴⁰ Otros creen que su estilo no es demasiado pulido, y con frecuencia resulta difícil hasta cierto punto. Sus obras, como género, son aisladas.

Es considerado modelo importante para los oradores griegos de fines de la Antigüedad y de la era Bizantina, y es por esto que es un brillante continuador de la tradición clásica de la oratoria griega.⁴¹

³⁴ Boulanger, Aelius Aristide, pp.32-33.

³⁵ Según Filóstrato, op. cit. p.199. “Muy complacido el emperador con el modo de ser del sofista, tan sencillo y absorbido por su trabajo, de nuevo le preguntó: “¿Cuándo te oiré?”, y Arístides contestó: “Proponme un tema hoy y mañana ven a oírme. Pues no soy de los que vomitan de repente, sino de los que preparan con rigor. Séales permitido, señor, también a mis discípulos estar presentes en la audición”. “Sea así, dijo Marco, pues es una muestra de afecto al pueblo”. Y al decir Arístides: “Concédeles también, señor, gritar y aplaudir cuanto puedan”, sonriendo el emperador contestó “Eso depende de ti”.

³⁶ Alsina, op. cit. p.197.

³⁷ M. Croiset, Historie de la Littérature Greque, pp.572-582.

³⁸ Easterling y Knox et al. op. cit. p.708.

³⁹ Según Lesky, op. cit. p.869, se llega a comentar que Filóstrato es más colorista e interesante, además de cuidadoso de la forma.

⁴⁰ Filóstrato, op. cit. p.197.

⁴¹ Easterling y Knox et al. op. cit. p.708.

ARÍSTIDES Y LA SEGUNDA SOFÍSTICA

En este apartado nos encargaremos de narrar qué fue la Segunda Sofística, cuándo nació y con quién, cuándo culminó y cuáles fueron algunos de sus principales representantes, entre los que se cuenta Elio Arístides.

La Segunda Sofística, coinciden Easterling y Knox con López Férez,¹ fue iniciada por Esquines, pero otros dos autores² más afirman que Filóstrato fue quien creó el término de SEGUNDA SOFÍSTICA, y es él quien remonta sus inicios hasta el siglo IV a. C. con Esquines.

Se dice que se inició a finales del siglo I. Floreció en el siglo II, en donde alcanzó su mayor esplendor, según Lesky,³ pues coincidió con el gran crecimiento económico de ese siglo e incluso, se piensa que continuó parte del siglo III.⁴

Indudablemente la intención de los representantes de esta corriente es recobrar lo que era la Sofística antiguamente. No tratan de crear algo nuevo, sino de continuar un proceso que, desde Gorgias y a través de Isócrates, el Peripato y el helenismo, conduce con alternativas de acción y reacción, a la época Imperial.⁵

Estos autores utilizan el método de la *mimesis*, que se podría definir como la imitación de los autores del pasado;⁶ es el renacer de la improvisación la cual estaba dirigida al pueblo y constituía un espectáculo.⁷

Se utiliza una serie de ejercicios preparatorios, llamados *progymnasmata*, que son redactados en una especie de ensayo (*meléte*). Su objetivo principal es demostrar el conocimiento del pasado y lo hacen por medio de la descripción, principalmente de

¹ *Ibid*, pp.704-707. / López Férez *et al.* *op. cit.* pp. 1039-1041.

² Lesky : *Historia de la Literatura Griega*. Pp.861-889. / Cantarella. *op. cit.* pp.292-294.

³ Lesky. *op. cit.* pp.861-889.

⁴ López Férez *et al.* *op. cit.* pp. 1039-1041.

⁵ Lesky. *op. cit.* pp.861-889.

⁶ López Férez *et al.* *op. cit.* pp.1039-1041.

⁷ Cantarella. *op. cit.* pp.292-294.

hechos históricos y de personajes de dicha época clásica del pasado.⁸

Uno de los principales recursos de que se vale este movimiento literario fue la elocuencia,⁹ y por lo tanto existe la tendencia oratoria dentro de sus escritos. Como lo afirma uno de los autores ya mencionados: *“No es un movimiento de pensamiento ni tampoco de cultura, es únicamente el aspecto que asume la retórica al convertirse en un fenómeno social, pero sin aportar ninguna innovación a la enseñanza ni a las corrientes tradicionales”*.¹⁰

Esto trae como consecuencia que el género retórico se aleje de los discursos que son conocidos como diestros y deliberados, y abre las puertas a un discurso ostentoso.¹¹ Los retóricos que actúan en público consiguen popularidad y prestigio a través de declamaciones, por lo tanto a sus representaciones concurría la muchedumbre y surgieron gran cantidad de escuelas en las cuales abundaba sólo gente seleccionada e intelectuales de aquel mundo griego.¹²

Como consecuencia de esto, la retórica ya no se enseñaba exclusivamente en aulas, sino que ya estaba al alcance de cualquier persona, lo que no ocurría anteriormente. Todo público tenía ya el acceso, tanto personas refinadas como aquellas que eran incultas. La educación se transporta principalmente a las plazas públicas de los pueblos y también a la ciudad de Roma. Este desplazamiento trae como consecuencia la sustitución por mimos, pantomimos y gladiadores.¹³

Uno de los cambios más importantes que sufrió la retórica fue el hecho de tomar el lugar de la poesía,¹⁴ aunque no del todo, puesto que los oradores asiáticos siguen las ideas de los llamados oradores concertistas, es decir hay intervención de la música

⁸ López Férez. *et al. op. cit.* pp.1039-1041.

⁹ Cantarella. *op. cit.* pp. 292-294.

¹⁰ Idem.

¹¹ B. P. Reardon: *Courants Littéraires Grecs*. Pp.99-119.

¹² P. E. Easterling *et al. op. cit.* pp. 704-707.

¹³ Cantarella. *op. cit.* pp.292-294.

¹⁴ B. P. Reardon. *op. cit.* pp.99-119.

dentro de los discursos.¹⁵

Pero no olvidemos que una de las principales características de la retórica es el arte de persuadir, y dentro de la Segunda Sofística se rompe esto y se convierte sólo en el arte de escribir. O el arte de hacer, sencillamente, literatura.¹⁶

La Segunda Sofística, según López Férez,¹⁷ se divide en tres períodos: El primero está representado por Pericles y Temístocles; es la época en que los discursos no eran escritos. El segundo es denominado el período de los grandes oradores áticos, y finalmente, el tercer período, que está representado por las principales y grandes figuras como: Elio Arístides, Herodes Ático, entre otros. Y obviamente, es la época de mayor esplendor.

Hay otro autor¹⁸ que divide también en tres partes a la Segunda Sofística de acuerdo a los precursores: La primera parte está representada por Filóstrato y los autores referidos por éste en su conocida obra “La vida de los sofistas”. La segunda corresponde al florecimiento, y abarca el período entre Adriano y Gordiano III a partir del año 113 al 244, y por último la tercera es la decadencia, que abarca hacia el siglo VI, con “Los sofistas de Gaza”. No es que haya precisamente, una tendencia o inclinación hacia alguno de estos tres períodos, lo que sucede y cabe resaltar es que, el segundo abarca el florecimiento y es donde aparece Elio Arístides.

Para tener una adecuada visión de conjunto, abordemos ahora el tema de la prosa como corriente estilística de la época. La cual se divide en dos estilos: El antiguo y el nuevo. Respecto al antiguo, los autores se clasifican de acuerdo a dos rubros: a) El de los arcaizantes libres, es decir que no pretenden una imitación servil de los modelos del pasado; dentro de los cuales destacan Plutarco, Luciano, Dion Casio. Y b) Los estrictos

¹⁵ López Férez *et al. op. cit.* pp. 1039-1041.

¹⁶ B. P. Reardon. *op. cit.* pp. 99-119.

¹⁷ López Férez. *et al. op. cit.* Pp.1039-1041.

¹⁸ Cantarella. *op. cit.* pp.292-294.

severos, que son aquellos que se regían por lo atestiguado en los autores clásicos; encontramos a Arístides, Libanio, Temistio. En el estilo nuevo se concentran aquéllos que se oponen a los asianistas como Himerio, Favorino, Arístides.

Vemos claramente diferentes posiciones al interior de la retórica, pero también surge una controversia entre la retórica y la filosofía,¹⁹ las cuales luchan para ser la única corriente en tener el derecho de formar a los oradores en todos los aspectos.²⁰

Finalizaremos este breve resumen que nos atañe mencionando a los principales representantes de esta época y sus principales corrientes: RETÓRICOS: Polemón, Luliano de Éfeso, Dión de Prusa, Casio Longino, Crisóstomo, Sinesio, Musonio Rufo, Favorino de Arelate, Herodes, Arístides, Filóstrato, Luciano de Samosata, Artemidoro de Daldis, Hermógenes de Tarso, Segueniano, Menandro de Laodicea.

HISTORIÓGRAFOS: Apiano de Alejandría, Flavio Arriano de Nicomedia, Casio Dión Cocceyano de Nicea, Herodiano, Eunapio, Prisco de Panión de Tracia, Polieno. COMPILADORES: Dionisio de Halicarnaso, Diodoro. PERIEGETA: Pausanias de Damarco. LITERATURA MISCELÁNEA: Favorino de Arelate, Claudio Eliano, Diógenes Laercio. LITERATURA MITOGRÁFICA: el gramático Apolodoro de Atenas.²¹

Lo fundamental de estos autores y su objetivo productivo es la vastísima actividad literaria de calidad, pero no nacen autores grandes, sino sólo virtuosos, quienes omitían el argumento y su único objeto era demostrar sus amplias dotes oratorias y reencontrarse con el viejo mundo clásico griego, el cual les sirvió de inspiración y sus más importantes representantes, como modelos.²²

¹⁹ López Férrez *et al. op. cit.* pp.1039-1041.

²⁰ Lesky. *op. cit.* pp.861-889.

²¹ Idem.

²² Cantarella. *op. cit.* pp.292-294.

ASCLEPIO

La religión y los dioses en la obra de Elio Arístides

Elio Arístides, como hombre de su tiempo tuvo una religiosidad politeísta. El influjo de oriente trajo diversos dioses que fueron integrados a los ritos de su tiempo. Asclepio tiene un lugar central en la creencia politeísta del mismo Arístides, pues es a este dios a quien dedica su libro, que se inspira en él, aunque en el mismo texto hace referencia a otras deidades.

Antes de juzgar o criticar a Arístides por su manera exagerada de vanagloriar a Asclepio, hay que destacar que tras todo esto hay una profunda admiración del autor hacia el dios, tanto por sus acciones como por su manera de preocuparse, especialmente por él. Pero hay que remarcar aun más el agradecimiento que trata de expresar Elio eufóricamente por su recuperación, ya que a pesar de tantos años de padecimiento ambos fueron constantes y ninguno de los dos se olvidó de su relación. Por lo demás, Asclepio era un dios que en esa época estaba en pleno auge, ya que era conocido con anterioridad como el padre de la Medicina. No hay que olvidar las citas que autores reconocidos hacen de este dios. Galeno, es sabido, cree ciegamente en él, y a pesar de ser un hombre de ciencia, no se separó de las supersticiones de su época, ya que creía firmemente en el significado de los sueños y en las curaciones milagrosas.

Se piensa que Asclepio fue hijo de Apolo y de Coronis, y aunque hay diversos mitos sobre su vida, logró llegar a ser un dios; por un lado se dice que su padre, al descubrir la infidelidad de su madre, la mató y pensaba hacer lo mismo con él, pero se compadeció y decidió llevarlo con Quirón, quien le enseñó el arte de la medicina. Por

otro lado, se piensa que él se dedicaba a la medicina y tras haber resucitado a un muerto, Zeus lo mata con un rayo y a petición de Apolo lo convierte en semidiós. También conocemos que uno de los animales que lo simbolizó fue la serpiente, de la cual se dicen diversos mitos; también el gallo era utilizado para hacer sacrificios en su honor.¹ Es evidente que, además de conocerse estas leyendas alrededor del origen de Asclepio, existen otros datos que nos muestran su importancia dentro de la religión. Se conocen datos de la ubicación de su templo, el cual estaba construido bajo la Acrópolis, junto al teatro de Dionisio. En diversas obras se mencionan las famosas incubaciones que se realizaban en el Asclepión, mencionadas también por Arístides. Y otra mejor muestra es la existencia de los asclepiadas, los cuales se dedicaban al estudio de la medicina. Se les daba tal nombre porque se dedicaban al arte de curar, pero esto fue posterior; originalmente se pensaba que eran los hijos de Asclepio. Platón por su parte también los refiere como pertenecientes a un grupo profesional de médicos relacionados con Hipócrates. Galeno, asimismo, los relaciona con una lejana estirpe familiar de Asclepio cuyo conocimiento o saber médico era transmitido de generación en generación, oralmente, de padres a hijos. Por lo anteriormente dicho, se presupone que, si bien es cierto que los asclepiadas estuvieron conformados por una lejana estirpe de Asclepio, con el tiempo se fueron incorporando miembros de otras familias hasta llegar a formar una comunidad que practicaba la medicina.

Por otro lado, uno de los autores ya citados, Boulanger, constantemente declara la fe de Arístides como obsesiva, enfermiza y sumamente exagerada.

Al respecto, debe recalcarse que el fanatismo era general y característico de la propia época, como lo prueba esta obra dedicada a demostrar los hechos ejecutados por el dios Asclepio.

¹ Es célebre el pasaje que muestra las últimas palabras de Sócrates haciendo alusión al sacrificio que se debe hacer en su nombre a Asclepio: pagarle un gallo. Platón, *Fedón*, 118b.

Además una buena explicación de lo fantástico e increíble de los relatos de Arístides que son tan duramente criticados, es aquello que se dio durante su época: la utilización de remedios extraordinarios, y aun más, el culto y la adoración excesiva por parte de la gente común hacia los diversos dioses existentes. Logramos percibir tres posibilidades que la religión tenía; es decir, que la gente recurría a lo que su época les ofrecía, estamos refiriéndonos a las posibilidades que existían para poder creer en algo o alguien, y es sabido que dichos cultos e incluso, los mismos dioses, se ponían de moda. Primero, era encontrar y seguir el camino correcto, el de la sanación, puesto que fundamentalmente las personas más religiosas y que fácilmente se dejaban envolver eran aquellas que se encontraban en situaciones muy críticas con respecto a su salud; pero encontraban en la medicina una buena solución, y debido a esto recurrían y se entregaban sin ningún tipo de límite a los dioses encargados de la medicina, o los que eran considerados como milagrosos para estos casos.

En segundo término, en ocasiones, se inclinaban por la filosofía, y creían encontrar en ésta alguna solución a sus enfermedades, naturalmente, siguiendo las ideas de alguna corriente filosófica.

Y por último, la gente solía recurrir a lo que era considerado como irracional, sus pensamientos o sus remedios eran incontrolables, se dejaban llevar por sus propios impulsos. Y así, en el caso de Arístides, si tratamos de justificar sus actos, quizá su fe haya sido tan ciega y tan complaciente que llega un momento en que el creyente no ve más allá de lo que su dios le revela, y si eran hechos satisfactorios, aún mejor; de ese modo la gente caía en un fanatismo incomprensible para nosotros. Los personajes de esa época eran capaces de tratar de buscar todo tipo de remedio con tal de lograr el bienestar personal, y es conocido que recurrían desde una simple planta como medio de curación

hasta a una planeación científica, quizá para descubrir un poco de lo que desconocían totalmente.

Los hombres del siglo II creían en cualquier cosa que pareciera divina, podían creer tanto en una imagen como en un ser humano, siempre y cuando tuvieran señales o recibieran algún mensaje de que eran divinos.

LA CURACIÓN

La curación se lograba a través de un entrelazamiento del empirismo y la magia. Dentro del empirismo estaban los *Periodeutas*, *Farmacópolas*, *Rizotomas* y *maestros de gimnasia*. A pesar de que Galeno consideraba tres escuelas médicas principales (Cnido, Cos e Italia) se mencionaban además, a través de Heródoto, la de Trotona y Cirene. Lo que cabe aquí destacar es que en estos antiguos centros ya se enseñaban nociones de anatomía por medio de la disección de animales (“empirismo”), así como de conocimientos de semiología (terminología médica), farmacología y procesos quirúrgicos, aunque hay que destacar que esto no está del todo documentado.¹

Entre los que ejercían la magia estaban los *Catartas*, *ensalmadores*, *iatromántesis* o *adivinos médicos*, *Meloteraupetas* y *Servidores de los templos de Asclepio*.

Se sabe que las curaciones tenían relación directa con la cuestión religiosa, es decir, que los dioses medicinales como Asclepio se dedicaban a esto, se involucraban con la fe puesta en ellos por parte del paciente que era creyente. Tenía que haber una respuesta por ambas partes. En una, encontramos la función que seguía el que pedía bienestar a cambio de suplicas, ofrendas y sacrificios.

Los métodos que usaban los dioses para curar, especialmente Asclepio, son mencionados constantemente por Arístides en su obra. El método más conocido y utilizado para entrar en contacto con el enfermo es el de los sueños. Sabemos por Arístides que constantemente soñaba al dios, que le revelaba lo que debía hacer y, por lo

¹ Para una visión general de la formación del médico véase “La ciencia antigua en la época imperial” G. Reale y Antiseri, *Historia del pensamiento filosófico y Científico*, Herder, Barcelona, 2001, pp. 314 a 325. Un estudio más detallado de la medicina en el mundo antiguo aparece en Luis Gil, *Therapeia: La medicina popular en el mundo clásico*, Guadarrama, Madrid 1969.

que nos trasmite, llega un momento en que entra en contacto directo con el dios quien le habla y le pide que escriba su obra y que debe llamarla: Los Discursos Sagrados.

Además de todo esto, son importantes los sueños por el hecho de que había ocasiones en que llegaban a ser un tanto difíciles de interpretar, puesto que el sueño era extraño e incomprensible, y el mismo incubante debía interpretarlo y no desobedecer lo prescrito.

Es claro, dentro de las revelaciones, que las indicaciones debían aplicarse al pie de la letra y sin omitir o sin agregar nada, porque Arístides remarca que si se desobedecía, las consecuencias no se hacían esperar y en ocasiones solían ser dolorosas.

En ciertas ocasiones, los sueños son tan incoherentes que Arístides queda desconcertado y duda por instantes de ejecutarlos, pero lo lleva a cabo y la respuesta es totalmente contraria a su sentir en un principio. También dentro de los sueños hay satisfacciones para los incubantes; por su parte, Arístides encuentra en ellos buenos augurios con respecto a su vida como orador. Es reconocido como un orador famoso y hasta solicitado por el mismo emperador.

Pero queda por descubrir qué tan importantes eran los sueños. Es sabido que éstos tienen suma importancia en la vida de un incubante.

Encontramos que: *“El sueño escapa a la voluntad y a la responsabilidad del sujeto, por el hecho de que su dramaturgia nocturna es espontánea e incontrolada”*; es decir que por medio de los sueños la actitud de Arístides es justificada una vez más, ya que la situación extraordinaria que vivió no es creíble. Puede ser que sus sueños hayan sido de esa forma por su estado físico y emocional, quizá perturbado o quizá por el deseo de querer curarse, pero fueron sumamente importantes aquellos sueños que rodearon los momentos de su enfermedad, ya que éstos contenían un mensaje divino.

Los remedios o curaciones que son empleados para curar, prescritos por medio de sueños, son: el agua, los baños, caminar descalzo, dejar de comer, ayunos, abstención de baños y una infinidad de recursos que utiliza y que en ocasiones no son tan creíbles por lo aparatoso de su contenido, como por ejemplo las excesivas sangrías o los baños en agua fría en pleno invierno.

Pero si los dioses que curaban se regían por las mismas normas, no sería raro escuchar o leer en otro lado situaciones parecidas a las que le ocurrieron a Arístides con Asclepio.

Boulanger en su trabajo sobre Elio Arístides nos hace ver que la superstición es la sombra de la religión, y por lo tanto ésta es aceptada científicamente y es de mucha utilidad para poder comprender la mentalidad que reinó en esa época, y lo más importante el sentimiento espiritual dentro de la religión.

Si nos referimos una vez al autor de los Discursos Sagrados descubrimos que se empleaban ensalmos y todo tipo de remedios mágicos para la curación, pero es sabido que todo este tipo de recursos eran empleados por la medicina popular de dicha época, y es evidente que la gente pensará que tanto las enfermedades como los remedios empleados eran de una naturaleza divina o sobrenatural.

Por el lado contrario, encontramos una vez más a Hipócrates y sus seguidores, los cuales luchaban incansablemente para poner fin a estas ideas de tratar de encontrar una razón o un motivo divino a las enfermedades, y por consiguiente, a sus curaciones.

DISCURSOS SAGRADOS

Introduzcámonos ahora directamente en la obra de Elio Arístides: los Discursos Sagrados.

Fueron escritos en los años 170-171, pero ¿por qué son tan importantes? Porque constituyen un testimonio de extraordinaria realidad sobre los sentimientos religiosos del siglo II de nuestra era¹ y porque tienen un contenido de piedad de sesgo más popular, donde el autor es un enfermo que ha puesto toda su confianza no en un médico, sino en un dios, Asclepio.²

Además de tratar la historia de su curación, contienen revelaciones de carácter religioso, como ya se había dicho antes. Con esta obra se conoce la fisonomía espiritual de Arístides y esto nos lleva a entender mejor la religiosidad de su época.

El título hace referencia a ritos órfico-pitagóricos y revelaciones divinas, es por eso que se cree que el título fue inspirado por el dios, ya que la deidad no sólo le concedió la curación, sino lo que él constantemente nos hace ver en su obra, que es un elegido y por ello toma el sobrenombre de TEODORO (-don de Dios-).³

Podemos observar muy claramente el objetivo de la obra: el autor trata de hacer ver al lector que su principal intención para escribirla fue el manifestar el agradecimiento al Dios por su sanación. Lo que es muy interesante es el hecho de transmitir las medidas curativas que utilizaba Asclepio para sanar a todo aquel que creyera en él.

¹ López Férez et al. op. cit. p.1045.

² Alsina, op. cit. p.276.

³ López Férez et al. op. cit. p.1045.

A lo largo de esta obra, nos informa de todos los síntomas de sus males, tales como: asma, hipertensión, dolores de cabeza, insomnio y males estomacales.⁴ Pero hay quienes mencionan otras como: infecciones de garganta, disnea crónica, dolores agudos de amígdalas, oídos, dientes; orquitis, una hernia gangrenosa, varices, astenia continua, jaquecas, convulsiones y fiebres tercianas.⁵ Este mismo autor nos menciona sus enfermedades causadas por los remedios prescritos por el Dios como: vómitos provocados, enemas, ayunos, dietas tremendas, sangrías y baños en agua helada.⁶

Los Discursos es una obra constituida por 6 partes, cuya temática, resume magistralmente Juan Antonio López Férez⁷: “El primer discurso es una especie de introducción preliminar; el segundo contiene la descripción de las dolencias de sus dos primeros años de enfermedad, su instalación en el Asclepion de Pérgamo y sus primeras experiencias. Asimismo cuenta su viaje a Roma. El tercer discurso se sitúa nuevamente en Pérgamo y en él cuenta, sin dar demasiada importancia a la cronología, ciertos pasajes de su propia vida, y algunos de sus viajes”. “En el cuarto continúa narrando sus sueños y ahora, sus visiones, se muestra el agradecimiento de Arístides hacia Asclepio y a algunos otros dioses, narra su viaje a Italia y habla generalmente de sucesos en su vida cotidiana, como son sus continuos decaimientos y sus costumbres oratorias.

En el discurso quinto los temas tratados son similares; viajes, sueños con revelaciones o curaciones, sin dejar de mencionar sus hábitos de elocuencia. El sexto discurso llega hasta nosotros incompleto. Lo único que se tiene habla sobre el dios y una vez más, de sueños e indicaciones”.

⁴ *Ibid.*

⁵ Giner, *op. cit.*, pp.29-30.

⁶ *Ibid.*, p.28.

⁷ López Férez *et al. op. cit.* p.1045.

Si se analizan los temas de estos discursos llegamos a la conclusión de que: Todos son uno mismo y tratan las mismas situaciones, y como se tiene conocimiento, Arístides los escribió de memoria y sin ningún fundamento escrito, ya que el diario que poseía no lo tenía completo, una parte había desaparecido. Es notable que sus relatos no lleven una cronología, y por lo tanto las fechas son, quizá del todo desconocidas o erróneas, puesto que se sabe que sólo algunos sucesos importantes eran los que contaban con fecha, lugar y hasta hora exacta.⁸ Por esta razón, los sucesos son semejantes a lo largo de la obra y considero hasta cierto punto que resulta algo difícil enlazar o relacionar una situación con otra. La temática de cada discurso es muy complicada; es mejor dejar claro que los temas son variados.

Nosotros podemos deducir que el fin que mueve a nuestro autor a escribir esta obra es, además: el poder transmitir a todo aquel que tenga en sus manos sus discursos, la gran fama que adquirió como orador y como persona, que a pesar de sus desgracias, debido a sus padecimientos, logró ser lo que fue, gracias al dios o sólo con su fe puesta en él. Arístides no argumenta para persuadir a los lectores sobre los hechos, sino que él sólo plasma con fervor sus propias vivencias intentando contagiar y hacer creer ciegamente en los hechos ocurridos.

Sin embargo, esta obra no deja de ser un documento de suma importancia, ya que podemos demostrar que el hombre del siglo II tenía contacto con sus dioses, tanto directa como indirectamente, como nos lo hace ver Arístides por el hecho de que el dios se ocupaba de sus creyentes, sanándolos y procurándoles tanto bienes materiales como espirituales.

⁸ Giner, *op. cit.*, p.31.

Para comprobar lo anterior, haré un desglose de los discursos I y II, donde puede verse con más claridad lo dicho anteriormente.

DISCURSO UNO

Nuestro siguiente objetivo no es hacer un resumen de los Discursos Sagrados, sino elaborar una especie de síntesis para remarcar el contenido variado de la obra en cuanto a temática. Como podrá observarse, el autor salta de un tema a otro, sin nexo de ningún tipo. Para una mejor comprensión de la obra, intenté hacer un agrupamiento de los asuntos que prevalecen en ella, tratando de darle cierta coherencia a los recuerdos inconexos cronológicamente desplazados, que se repiten una y otra vez, con el único afán de mostrar la presencia constante de Asclepio. El primer discurso se considera una introducción preliminar¹ porque ahí el autor justifica el por qué escribió esta obra. Tiene como objetivo aclarar que su intención es dar gracias al dios y qué mejor manera que transmitiendo su agradecimiento, dejando huellas de los remedios empleados por Asclepio, ya que debido a Arístides, hoy en día conocemos la grandeza y la gran fe mostrada hacia tal dios, Asclepio. Su obra está cimentada en un fenómeno que es de suma importancia a lo largo del relato de nuestro autor, y éste es: sus sueños. Ya es conocido que las revelaciones eran por este medio. Arístides nos narra sus experiencias describiendo lo que recuerda de aquellos numerosos sueños, que son fundamentales para poder desarrollar su obra.

Algo muy marcado en la actitud de Arístides durante su enfermedad es su vanidad. Ya se ha comentado que se creía una persona especial para Asclepio quien, además de curarlo, lo consiente haciéndolo grande como orador. Podemos observar en los párrafos 17 y 44 cómo se compara con el mismo Dios, en sueños que él mismo interpretaba después de haber incubado, por lo tanto la disposición del Dios se equipara con su propia voluntad.

¹ López Férrez, et al. op. cit. p.1045.

Pero citemos el párrafo más representativo de tal egolatría, donde su comparación no tiene medida, pues sus intenciones son muy claras: él se ve como un dios y, efectivamente, como Asclepio. Y dice lo siguiente: *Y soñé el día veintidós que en Esmirna, por la tarde, me dirigía al templo de Asclepio que está al lado del gimnasio. Iba en compañía de Zenón. El templo era mayor, y el pórtico cubierto tan grande como la parte pavimentada. Al mismo tiempo, en mi mente yo tomaba al templo por un vestíbulo. Mientras yo oraba e invocaba al dios Zenón decía: <<No existe nada más bondadoso>>. Y refiriéndose también al dios, lo llamaba “refugio” y cosas semejantes. Yo examinaba, como si se hallara en este vestíbulo, una estatua mía. Unas veces veía que era mi estatua, otras me parecía ser una estatua grande y bella del propio Asclepio. Y de nuevo conté las cosas que me habían aparecido en sueños a Zenón mismo. Lo referente a la estatua parecía ser muy honroso. Y de nuevo volvía a ver la estatua como si se hallará en el pórtico largo del gimnasio.* (I, 17)

Otro personaje que influye notablemente en el autor es el emperador. En el párrafo 23 notamos cómo Arístides está al mismo nivel que el emperador, Marco Aurelio. Sin embargo, en los párrafos 46,48 y 49 las atenciones y toda la cortesía por parte de los emperadores y de sus servidores son para él. Entonces concluimos que el reconocimiento le viene por parte tanto de sus amigos como del emperador y que esto es muy importante para nuestro autor, lo vemos claramente en el párrafo 49 donde nos narra lo siguiente: *“Después les dije ya, deseando marcharme: “os doy gracias, emperadores, por toda la atención y estima que me habéis testimoniado”. Y ellos me dijeron en respuesta: “Nosotros estamos agradecidos a los dioses de haber conocido a un hombre de tales prendas. Pues lo consideramos igualmente admirable en la elocuencia.” Y a continuación empezó a decir el mayor que era propio de un mismo hombre ser persona excelente y también excelente orador. Siguió el más joven, citando*

una frase de alguien en el sentido de que iba de pareja la elocuencia con el modo de ser. Y yo dije: “Bien quisiera que fuera así. Resultaría beneficioso para mi condición de orador si en lo demás soy tenido en tal consideración por vosotros, y si voy a poseer dos bienes en lugar de uno”. Así, poco más o menos, les contesté. Hubo otros muchísimos sucesos y palabras, más allá de lo que podría decir o esperar”. (I, 49)

Arístides, como los sofistas de su tiempo, vive de la admiración y de los aplausos. Es importante, entre ellos, sentirse queridos y admirados por el pueblo, de quienes buscaban el reconocimiento, incluso como benefactores. En el caso de Arístides, dado que él se equipara con el dios, debe ser reverenciado por todos y ante una figura de autoridad importante, como es el emperador, él mismo se coloca como su par. En diferentes ocasiones menciona al emperador, pero llama la atención que si bien reconoce la personalidad divina del gobernante, que él mismo se coloca a la misma altura que los emperadores. Quizá quiera decirnos la admiración que siente hacia el emperador, puesto que a lo largo de la obra lo citará una y otra vez, por diversas causas, pero con un sólo fin: transmitirnos sus respetos y su admiración hacia él. Pero que quede claro que Arístides representa al Dios, y por ello es su igual. Es por eso que no tiene que hacer las reverencias que le hacen todos, sino todo lo contrario, deben hacérselas porque es un gran personaje de esa época. Y por consiguiente, todo nos lleva a la misma salida, Arístides-enfermedad-Dios-curación, y además, -orador reconocido- y esto se dará continuamente en toda la obra.

Como se ha dicho a lo largo de la obra que analizamos hay mención de otros dioses, debido al politeísmo de la época, que implicaba una gran aceptación no para un Dios sino para muchos. En el párrafo 11 tenemos a la Buena Fortuna; en el 18, a Febo; en el 33, a Zeus y a las divinidades y en el 38 a Asclepio y Serapis, pero la aparición de estas divinidades es incidental, ya que sólo las invoca para que le den ánimos y él

mismo les súplica su bienestar. Los dioses hacen su aparición para reconfortarlo y para que continúe adelante; esto es importante porque en toda situación no deja de mencionar que, de una u otra forma, lo han ayudado y por esa razón tiene fe también en ellos.

En *los sueños* de Arístides hay algunos de difícil interpretación, puesto que sólo los narra sin dar una explicación antes o después, o sin decir el motivo de por qué narra dicho acontecimiento; la única intención son las recomendaciones, como se puede ver en el siguiente texto: *“El día décimo séptimo después del sueño no me bañé, y en el décimo octavo tampoco hubo baño. En el décimo noveno soñé que unos Partos se habían apoderado de mí, y que uno de ellos se acercaba y parecía ir a pincharme. Después me metía el dedo, sin más, en la garganta y vertía algo dentro, según cierta costumbre local, y llamaba a esto acidez de estómago. A continuación, refería esto como un sueño, y los oyentes se asombraban y decían que, entonces, esa era la causa de que tuviera sed y no pudiera beber, que la comida se me volviera agria. Luego de esto se me prescribió vomitar, y el Parto me ordenó abstención de baño y que estuviera a mi lado aquel día un servidor. Abstención de baño, vómito, y bienestar”.* (I, 9)

Quizá la intención de Arístides es declarar que el dios trata de que los incubantes interpreten a su manera, o aprenden a hacerlo tratando de descubrir lo revelado por él. O quizá desde otro punto de vista, trata de comprobar la fe de cada uno de los solicitantes, y sus tratamientos no son del todo fáciles, debe haber inteligencia de su parte para lograr interpretar los sueños correctamente.

También en los párrafos 12, 13, 14 y 15 encontramos la misma situación que en el párrafo 9. La narración de los sueños con algunos sucesos, quizá sin importancia, con los que no se puede encontrar la relación, es muy confusa, pero conlleva la misma consecuencia con que han sido narrados los sueños: obtener las recomendaciones y tratar de curar las enfermedades producidas.

Pero, por otra parte, hay sueños que no son difíciles de manejar. Muestra de ello son los párrafos 24, 25 y 26 donde encontramos una perfecta interpretación y comprensión por parte de Arístides: *...Después de esto soñé que alguien decía: “Kyfi con vino”. Al punto lo interpreté como un medicamento, y pensé si tendría que aplicármelo en el rostro o emplearlo en uso interno. Al decir alguien que abasaría el sitio en que se aplicara pensé que sería apropiado, más que nada, como remedio contra el enfriamiento. Algo después de esto dije al sacerdote que estaba claro, por lo que había oído, que no debía ingerirlo. Y al instante comprendí que debía pasarme el día en ayunas. Y ayuné. (I, 26)*

Dentro del tema de los mismos sueños es importante marcar aquellos que tienen un contenido autobiográfico, el cual, también, nos permite ubicar los sucesos históricos que acontecían durante el proceso de curación: *“El día doce soñé que el emperador Antonino, el mayor, y el rey de nuestros enemigos habían hecho un convenio de paz y amistad mutua. Y al aproximarse Vologueso con su séquito se oía un rumor no pequeño de voces, y parecía que hablaran griego. Después llegaban junto a mí ambos, con su real atuendo, Antonino en toda su majestad, aquél impresionante a la vista. Éste se sentaba no lejos de mí, y, al otro lado, en un trono, Antonino”. (I, 36)*

Existen otros sueños donde aparecen los sacerdotes y él es tomado como tal. Quizá con esto haya querido manifestar, una vez más, dándonos a entender de otra forma, que él sí es un enviado para revelar las cosas que era capaz de hacer Asclepio y qué mejor papel que el de sacerdote, dada su importancia dentro de los templos.

En los párrafos 15 y 61 nos demuestra la importancia de los sacerdotes por medio de las vestimentas que éstos portan, como son las túnicas y las sandalias.

En los párrafos 12, 25 y 41 se nos indica la importancia de un sacerdote y el respeto que existía hacia ellos. En el párrafo 12 nos lo describe de esta forma:

...”Mientras paseaba se me cayó la zapatilla de un pie y el sacerdote, recogéndola, me la dio. Yo me sentí satisfecho de tal honor, y queriendo corresponder y mostrarme amable, la tomé inclinándome”. Pero qué descripción tan exacta de lo que significaba un sacerdote y de cómo se consideraba uno de ellos, como la que nos narra en el párrafo 41: “El día quince soñé que el gobernador me escribía y ponía en la carta este encabezamiento: “A Arístides, sacerdote. Salud”.

Pero ahora pasemos a otro tema de gran importancia durante la enfermedad de nuestro autor y que interviene directamente con ésta: *los médicos*.

Arístides los acusa de su ineptitud con respecto a los medios ocupados por ellos en su enfermedad. Ya sabemos que recurrió primero a ellos, sin ninguna respuesta afirmativa, y por esta razón decide ponerse en manos del dios. En el párrafo 13 acusa directamente a un médico: ...”En esto un toro me acometió, justo en las orejas del dios. Yo estaba lleno de miedo y traté de protegerme de algún modo. Pero él no hizo otra cosa que producirme una contusión bajo la rodilla derecha. Teódoto,² cogiendo una lanceta, la limpió. Así que estuve a punto de decirle: “Tú has hecho que esto sea una llaga.” Esto fue lo que apareció en sueños”. (I, 13)

Por otro lado, en los párrafos 57,58,67 y 68 resalta el hecho de cómo hasta los mismos médicos reconocen que sus remedios no son efectivos, y no intervienen ante las prescripciones del dios, sino todo lo contrario, se sorprenden de lo indicado y de los resultados afirmativos para el enfermo: “A partir de aquí los médicos cesaron en sus críticas y se admiraron sobremanera de la previsión del dios en cada detalle. Creían que Había una segunda enfermedad, más importante, que había curado secretamente. Les preocupaba cómo volverían a su ser los tegumentos, flácidos al vaciarse el tumor.

² Teódoto es un médico, amigo de Arístides, a quien en ocasiones consulta. Su médico por excelencia es Asclepio, cuyas prescripciones obedece aunque estén en contradicción con las de los médicos, y hasta choquen con el sentido común.

Opinaron que en aquel momento era de todo punto necesario la cirugía, porque no era posible de otro modo devolver la parte afectada a su estado anterior. Opinaban que yo debía ceder en esto, y que ya se había llevado a cabo totalmente las prescripciones del dios. Pero aquél ni siquiera en este punto cedió ante ellos”. (I, 67-68)

Los viajes juegan un papel muy importante en los sueños. Su estancia en determinado lugar dependía de éstos, puesto que, sí se encontraba en algún sitio y permanecía en él, era como resultado de su estado de salud o de alguna prescripción del dios, ya que si tenía que viajar a diferentes ciudades, era para obtener su curación o para poder dar conferencias o debido a otras circunstancias como el mantener su buen estado físico. Dentro del discurso I sólo contamos con dos viajes, uno en el párrafo 51: *Sin embargo, todavía andaba yo pensando en el viaje a Pérgamo, a causa de los sueños anteriores. En ellos se me había indicado claramente que no me moviera. De un lado, me marchaba por la tarde, y mudaba de opinión, y decía que era imposible llegar a Adrianúteras; de otro, en el sueño llegaba alguien de Adrianúteras trayendo un libro de Menandro, y decía que el lodo estaba impracticable y que era imposible atravesar la ciénaga”. (I, 51)* Y el otro viaje se encuentra en el párrafo 54: *“Al otro día se me ordenó ayuno, y se me ordenó así: Soñé que estaba en Esmirna y que sentía total desconfianza ante lo que aparecía y ofrecía a la vista, porque no tenía conciencia clara de haber hecho el viaje...” (I, 54)*

En los mismos sueños tenemos los que lo involucran directamente con la elocuencia. A lo largo de la obra nos narra sus hábitos como orador; por ejemplo en los párrafos 16, 39, 60, 64 y 73 nos da una ligera idea de algunas de sus intervenciones como orador, éstas son con amigos o hasta con el mismo emperador, pero lo sobresaliente de estos hechos es que a pesar de su debilitamiento físico tiene ánimos

para continuar, y cómo el dios y su trabajo lo hacen resistir. En los párrafos 19, 38 y 49 se muestra todo un orador y nos da pequeños fragmentos compuestos por él. El más significativo es aquel que dice: *“De nuevo soñé que, junto a la misma estatua de Asclepio, un joven de los que se entrenan en el gimnasio, todavía imberbe, conversaba sobre establecimientos balnearios elogiando los grandes, y los ponía como uno de los goces de la vida. Señalándole el mar le pregunté si también era mejor bañarse allí o en un sitio pequeño. “En un sitio pequeño”, contestó. Después le mostré un lago y le pregunté que si también en un lago de tal tamaño era mejor que bañarse en un sitio pequeño. Concedió de nuevo entonces que era preferible el baño en un sitio pequeño, “Así, pues, dije yo, “no es preferible en toda ocasión lo más grande sino que hay también cierta gracia en lo pequeño”. Y, al mismo tiempo, pensaba dentro de mí que cuando declamara en algún sitio estaría bien decir que los placeres de los demás hombres es muy posible que fueran placeres de cerdo, pero que el mío sería puramente placer de hombre, puesto que practico un trabajo intelectual y me complazco en el arte de la palabra”.* (I, 19)

Uno de los temas más amplios y más importante en la obra es indudablemente el de *sus enfermedades*, las cuales están relacionadas con sus sueños y Asclepio. Éstos eran manejados por el Dios para poder poner a prueba a Arístides, para saber hasta dónde era capaz de llegar, y como se sabe, realizó acciones extremadamente peligrosas, aún contra su propia salud. Los sueños eran el vínculo entre el enfermo y el Dios sanador, muestra de ello es el párrafo 3: *“Pues cada uno de nuestros días, cada una de nuestras noches, tiene materia para contarse si alguien que lo presenciara hubiera querido tomar nota de los sucedido, o describir la providencia del dios, las indicaciones que hacía, unas veces a las claras, presentándose, otras con el envío de*

sueños, en la medida que me era posible dormir. Pero el sueño era raro a causa del oleaje incesante de mis dolencias”. (I, 3)

Ahora corresponde mencionar las curaciones, las cuales son reveladas por conducto de los sueños. Son de diversas clases con resultados diferentes y con un solo fin: curar a los incubantes.

El agua es un elemento muy importante dentro de estas revelaciones. Es utilizada como terapia por medio de baños. Hay ocasiones en que éstos son efectuados; por ejemplo en los párrafos 7, 27 y 50 Arístides realiza el baño, pero no con los resultados que esperaba y le trae malestares, y como consecuencia debe y decide separarlos.

Entre el párrafo 21 vemos cómo influye el agua, dependiendo de su temperatura, para traerle buenas respuestas para su estado de salud: *“Cuando llegó el momento, acusé a Baso de la demora. “¿Te das cuenta”, dije, “de que la sombra se alarga?”, y le señalaba la sombra de las columnas. Fuimos caminando, y, cuando llegamos, deteniéndome junto a la cisterna de agua fría, toqué el agua, y me pareció que, contra lo que esperaba, no estaba muy fría, y parecía azulada y grata a la vista. Y yo dije: “Sí, perfecta”, reconociendo los efectos saludables del agua. Cuando entré, de nuevo encontré agua más templada, en una estancia más caliente. Y en cuanto estuve en sitio caliente me desvestí, y me bañé muy a gusto”. (I, 21)*

Algo muy significativo dentro del tema de los baños es la aparición de personajes para que Arístides decida bañarse o no; quizá necesita ver a otros hacerlo y ver que esos otros se sienten bien con los baños para que a él le caiga bien un baño o su estado de salud mejore o, por lo menos, para que él se vea físicamente mejor de lo que se siente. Sin afirmarlo tajantemente, podemos decir que en ocasiones el estado emocional y físico de Arístides era pésimo, ya que lo podemos confirmar con sus

descripciones. Por ello, tenía la necesidad de buscar formas para lograr un bienestar si no total, al menos parcial. Se confirma esto en los párrafos 20 y 34 y queda más claro en el 34 porque dice: *“El día siete vi en sueños, en los vestuarios de un establecimiento de baños, a Caridemo, el orador de Fenicia, radiante y recién bañado, y le comenté al saludarlo que se había bañado muy temprano. Y, al tiempo, me desvestí yo mismo. Me bañé”*. (I, 34) En este sueño se muestra a este personaje con una buena actitud derivada del baño reciente. Es para el sofista suficiente señal como para comprender que la prescripción que le hará mejorar es tomar un baño como el personaje de su sueño.

Por otra parte, tenemos las ocasiones en las que Arístides debe o decide suspender los baños. Al parecer, el no bañarse era mejor para el enfermo: en el párrafo 6 Asclepio ordena la suspensión de éstos y hay bienestar para Arístides: *“El día doce del mes el dios me ordenó suspender el baño, y lo mismo al día siguiente, y al otro. Estos tres días seguidos los pasé enteramente sin sudoración, día y noche, de modo que no necesité cambio de túnica interior, y nunca antes me había sentido mejor. Pasaba el tiempo dando paseos en mi casa y también en algún entretenimiento, dado que había fiestas”*. (I, 6)

Por lo general, el Dios ordenaba suspenderlos. Así lo confirmamos en los párrafos 9, 15, 22, 26, 29, 40, 41, 45, 52 y 53, pero esto se explica y queda aún más claro en el 59 donde nos explica que su abstención duró 5 años y algunos meses, en los que sólo realizó baños peligrosos: *“De la abstención de baños, ¿qué podría decirse? Persistió durante cinco años y algunos meses sin interrupción, excepto las veces en que me ordenó usar, en invierno, el mar, los ríos o los pozos...”* (I, 59) Como ya mencionamos, Arístides atendía las recomendaciones del dios aún contra su propia salud y la razón humana, pues éste le ordenaba, por ejemplo, tomar baños en temporada de invierno, ya sea en el mar, en los ríos o en los pozos. Hay ocasiones que eran

efectuados con agua fría o con leche; esto lo narra en el párrafo 40: *“Más tarde soñé que mientras estaba bañándome me llevaban, unas veces, algo así como agua fría, otras, algo como leche...”* (I, 40)

Hasta aquí de los remedios por medio de los baños. Ahora veamos diferentes métodos para buscar la curación a la enfermedad, o por lo menos, al bienestar temporal del enfermo.

Arístides empleó el ayuno para remediar las interpretaciones erróneas de los sueños. En ocasiones los enfermos hacían lo contrario a lo manifestado por el dios, tomando como símbolos adversos lo que se debía tomar o evitar. Arístides debía hacer algo de una forma y lo realizaba de manera distinta o errónea, y como alivio, él ve el ayuno como remedio para curar el malestar provocado por lo que realizó indebidamente. Esto se comprueba en los párrafos 26, 27 y 55. Pero aún más claro es el 27 donde declara que hizo mal lo prescrito por el dios: *El día veintiocho soñé que, tras haber hecho mal la digestión, consultaba sobre el baño a Zósimo, mi ayo, y le preguntaba si sería preciso bañarme más. Pero aquél no estaba de acuerdo. Después de esto me bañé y tuve mal el estómago, y le dije a Zósimo: “¿Era preciso, pues, haberme quedado en ayunas?” Y él me contestó: “Sí, lo era”. Ayuné de nuevo”.* (I, 27)

Sin embargo, en los párrafos 40, 54, 55, 56 y 60 vemos cómo el ayuno es ordenado por el dios, o que debido a las circunstancias que ocurrieron y como una solución a un mal, Arístides decide hacerlo por su cuenta, comprobando lo arriba dicho: para que encuentre una mejoría en su estado físico. Pero en el párrafo 60 comprobamos que el ayuno no es del todo una salida para dejar de sentirse mal, sino todo lo contrario; Arístides nos explica que da muy buenos resultados cuando nos narra: *“Pero en medio de todos estos ayunos, y aun de los anteriores a éstos, y los que hubo para nosotros*

después en este invierno, pasamos casi todo el tiempo, contrariamente a lo esperable, escribiendo, y hablando, y corrigiendo escritos y prolongando el trabajo por lo menos hasta media noche casi siempre. Luego, al día siguiente, realizábamos de nuevo las tareas acostumbradas y tomábamos alimento en la cantidad dicha. Y cada vez que el ayuno seguía de cerca al vómito, mi consuelo era éste, la actividad y la dedicación al trabajo...” (I, 60)

Encontramos en los párrafos 9, 15, 21, 28, 32, 40, 50, 53, 54, 60 y 65 prescripciones de vómito por parte del dios. Éste, al igual que el ayuno, era como un remedio para algo que causara malestar; en ocasiones era una solución para el mal que se presentaba u otras, sólo lo prescribía el dios, sin ningún fin, puesto que Arístides sólo menciona que debe vomitar, pero no explica con qué fin o debido a qué. Pero hay ocasiones donde el vómito resulta fatal para la salud del autor. Eso nos lo describe en el párrafo 53: *“Al día siguiente hubo abstención de baño y vómito de la comida. Después de vomitar, yo me hallaba en tal estado que me conformaba con tener fuerzas hasta el día siguiente”.* (I, 53)

Hay que recalcar que hay ocasiones en que los vómitos son causados por el propio Arístides, esto debido al sueño o al recibir las prescripciones del mensaje o el sueño contiene algo que le moleste, ya sea en la garganta o en otra parte de su cuerpo o por la sencilla razón de que siente necesidad de hacerlo; porque prácticamente, Arístides veía el vómito como algo normal, así como lo era comer, bañarse o dormir; esto sucede en los párrafos 9, 28, 32 y 54.

Otro remedio, no muy usado, pero muy eficaz, es el *ungimiento*. En los párrafos 29 y 68 aparece, pero el más significativo es el 68, pues el proceso de unguimento es con un huevo, y además le logra curar un serio problema que después nadie logra creer que él tuvo, pero la intención de Arístides es demostrar lo efectivos que eran los remedios

utilizados y prueba de ello lo deja en dicho párrafo: “...Aunque la piel se había abolsado monstruosamente y parecía toda como despegada, mandó aplicar un huevo como unguento y así logró la curación, y redujo todo a su normalidad. De suerte que, pasados pocos días, nadie era capaz de descubrir en cuál de los dos muslos había estado el absceso, por el contrario, ambos se hallaban del todo limpios”. (I, 68)

También aparecen en sus sueños indicaciones de que debe comer algunos productos, le ordena comer para su bienestar. Como en el párrafo 45 que le prescribe huevo y verduras. En el 65 encontramos que lo que debe comer es miel y bellotas de encina, pero el único objetivo es que vomite, sirviéndole como purgante. Otro producto eficaz es la sal. En el párrafo 66 nos narra cómo mezclada con otros elementos resulta medicinal y le daba muy buenos resultados para aliviar un tumor. Sin embargo, el dios también le recomendaba que dejara de comer, con el fin de que evitará sentir malestares, como en el párrafo 7: “...y cuando salí tenía sensación de total repleción y respiraba jadeando. De modo que dejé de comer en cuanto empecé. Después de esto, molestias nocturnas; llegaron a tal extremo que apenas cesaron poco antes de mediodía”. (I, 7)

En ocasiones, su malestar era causado por las propias prescripciones del dios, tales como las *purgas estomacales*. En el párrafo 59 nos comenta que éstas se llevaron a cabo durante 2 años y 2 meses continuos: “...del mismo modo hubo prescripciones de purga estomacal a lo largo de dos años y dos meses seguidos, junto con irrigaciones y sangrías, tantas como nadie ha contado nunca, y eso con alimentación escasa, y ésta forzada”. (I, 59) Sin embargo, en comparación con el párrafo 65 podemos ver cómo también la purga resultaba muy buena, ya que como consecuencia le provocaba bienestar y le servía para curar sus otros tantos males: “...tuve que pasar en barco al otro lado, comer miel y bellotas de encima, y vomitar. Resultó una purga perfecta...” (I, 65)

En el Discurso I sólo encontramos 2 párrafos donde Arístides nos refleja algo de consuelo y de esperanza de que se curara. En los párrafos 6 y 42 su estado es estable y todo como consecuencia de obedecer y seguir al pie de la letra las recomendaciones del dios. Pero lo importante de estos párrafos es la descripción en la que se puede leer claramente el optimismo de Arístides. No queremos decir que la enfermedad lo tuviera constantemente abatido, sino todo lo contrario, no hay descripciones de desgracias o de malestares: “...*Hablamos también sobre el templo de Pérgamo y el pozo, de lo agradable que era acercarse uno mismo a beber, ver a otro bebiendo, o incluso ver el pozo mismo. Soñé que conversaba así sobre estas cosas y que oía por azar, que si llegaba a estar en manos del dios habría esperanzas*”. (I, 42) Obviamente las esperanzas son con respecto a su curación; y su estado de ánimo se muestra apto para someterse a cualquier tratamiento que se le prescriba, puesto que todo lo ve con los mejores ojos.

Por otro lado, Arístides sueña con el envenenamiento, en el párrafo 54 y en el 56 con la flebotomía, al parecer había sospechado o mal interpretado este sueño como un remedio a su mala situación para dejar de sufrir, pero no se puede creer que sea una indicación o insinuación por parte de Asclepio para que terminara con su vida; mas bien pienso que era como una especie de prueba para Arístides y así, comprobar su fe hacia él viendo hasta dónde era capaz de resistir y de obedecer sus prescripciones, el párrafo 54 nos habla de: “...*Me sirvieron unos higos. A renglón seguido se presentó Coro, el adivino, y me indicó que había dentro un veneno de acción rápida. En seguida me llené de sospechas, vomité con premura y, al mismo tiempo, pensaba: “¿Qué hubiera ocurrido si no hubiera vomitado cumplidamente?” Después decía alguien que también había veneno en algún otro alimento. Me sentía aún más perplejo e irritado por no haberlo oído antes.*” (I, 54) Como ya mencionamos arriba, en el párrafo 56 nos habla

de la flebotomía: “...Yo le dije que guardaba ayuno. Él me indicó que lo sabía, y añadió: “Yo esperaba, con todo lo que hacen estos de aquí, que hubieran usado la flebotomía. Pues el padecimiento proviene del riñón, y el ayuno”, dijo, “es una especie de salida falsa para la fiebre, que pasa a través del pecho”. Y al tiempo que él decía esto se vieron dos chispas delante de mí...” (I, 56) Describiendo estos dos párrafos comprobamos el poder que Asclepio tenía sobre los incubantes, en este caso, sobre Arístides. Él era capaz de recurrir a todo tipo de remedio, por cruel que éste pareciera, pero jamás creyó como salida el suicidarse, para así demostrarle a todos y al propio dios, la fe que puso ciegamente en él.

Con esto concluimos el desglose del Discurso I, mencionando los temas que considero más importantes a lo largo de éste.

DISCURSO DOS

Complemento del anterior, este discurso es una narración de las dolencias de Arístides durante sus dos primeros años de enfermedad. Hay situaciones que reflejan esos primeros padecimientos, pero no se logra percibir, específicamente esos dos años que menciona el autor; sí es una descripción de cómo se inician las visiones, los primeros remedios empleados, hay narraciones sobre las indicaciones dadas por el dios y las curaciones que efectúa Arístides, pero es difícil precisar el tiempo exacto. También este discurso narra su instalación en el Asclepeion y como consecuencia, los descubrimientos de algunas costumbres de los incubantes o descripciones de los templos. Lo que es de suma importancia y fundamental para comprender su recuperación son las narraciones de sus primeras experiencias como incubante. Por otra parte, nos encontramos dentro del discurso con la narración de su viaje a Roma, entre otros viajes, los cuales son descritos con detalle.

Desde el principio se encuentra una justificación del por qué los escribió, y obviamente, su agradecimiento al dios. Nos demuestra su estado físico, el cual era malo y que si sobrevivía a grandes penas, su único sostén y objetivo era dejar huella de aquello que le dio sólo bienestar y que finalmente lo sanó: Asclepio.

Muestra de esto es el párrafo 1: w[n to_ me_n e)c a)rxh=j ou)de_n h(mi=n e)ph?/ei gra/fein a)pisti/a? tou= mh_ perie/sesqai, e!peita kai_ to_ sw=ma ou#toj e!xon ou)k ei!a sxola/zein tou/toij. Xro/nou de_ au] proelqo/ntoj e#n ti tw=n a)duna/twn ei]nai e)do/kei kai_ mnhmoneu=sai e#kasta kai_ di 0 a)kribei/aj ei)pei=n : krei=tton ou]n ei]nai siwpa=n o#lwj h! lumh/nasqai tosou/toij e!rgoij. Kai_ pollai/ moi paraith/seiv e)gi/gnonto u(pe_r tou/twn kai_ pro_v to_n qeo_n

kai_ pro_j tou_j e)pithdei/ouj tou_v a)ei_ deome/nouj ei)pei= ?n kai_ poih=sai peri_ au)tw=n.

Al principio no se nos ocurría escribirlos por desconfianza de que no sobreviviría para hacerlo, luego también que el cuerpo esté así no me permitía tiempo libre para estas cosas. Y habiendo transcurrido el tiempo de nuevo me parecía imposible tanto recordar cada una de las cosas y como decirlas con exactitud. Era mejor pues callar completamente que arruinar estos hechos. Y muchas excusas tenía yo en relación con estas cosas ante el dios y ante mis colegas que siempre me instaban a hablar y actuar acerca de estos hechos. (I. I.)

En el párrafo 3, notamos cómo es de suma importancia para el autor dejar escrito lo más posible y con claridad, puesto que resultaba muy difícil lograr acumular tanta información en sus condiciones, a veces convaleciente: *“Además, inquieto por no haber escrito todo exactamente desde el comienzo; también dejaba a un lado otros detalles, a veces voluntariamente, a veces sin intención. Yo había encontrado otros modos de dar gracias al dios..., sin embargo, creo que no era menos de trescientas mil las líneas de mis notas. Pero ni era, sin duda, fácil repasarlas, ni ajustar debidamente la cuestión de las fechas. Además, hubo algunas páginas que se destruyeron en accidentes de toda especie y por el desorden imperante en mi casa en aquel tiempo”.* (II, 3)

También sobre los párrafos 2 y 3 encontramos el mismo tema que el anterior, Arístides trataba de llevar a cabo su objetivo: Demostrar su agradecimiento y la grandeza del dios, esto por disposición de él mismo. Muestra de ello, es el párrafo 2: a)ll 0 h!rkei moi w#sper a)fosiou=sqai pro_v to_n qeo/n, a#ma me_n dia_ th_n a)dunami/an, w#sper e!fhn, tou= sw/matoj, a#ma de_ ou)k a!n pote h!lpisa ei)j tosou=ton probh/sesqai pronoi/aj to_n qeo/n: h(d 0)Adra/steia keklh/sqw moi su_n autw=?.

Pero me basta con purificarme ante el dios en parte por la debilidad de mi cuerpo, como dije, y en parte, hubiera esperado que el dios llegará a tal (grado) de prudencia: Pero ya Adrastea está invocada por mí junto con él y realmente gritaba en el sueño como si estuviera despierto para que el sueño se realizará: “Asclepio (es) grande” “Su mandato está cumplido”: Al mismo tiempo que avanzaba me pareció bien gritar.

En los párrafos 8, 11, 18 y 37 trata de expresar el mismo sentimiento que en los dos anteriores. Quiere comunicar todo lo que el dios era capaz de hacer, poniendo tal énfasis en su expresión que convence al lector de tal forma que, aunque sus narraciones resultan increíbles, acaban creyéndose. Nos da un claro ejemplo de cómo todo un pueblo podía creer en todo tipo de circunstancias, aun por fantásticas que éstas parecieran. Lo que deseo subrayar, es que el impulso de la fe podía mover en la antigüedad a los hombres, sin importar su estatus, hacia creencias irracionales. A este impulso se le puede observar como una fe ciega, porque no repara en las causas que mueven ciertos fenómenos, ni cuestiona los mandatos más extremos que pueden darse en nombre de sus dioses. No por ello se quiere decir que la gente se comportara de una manera ignorante o supersticiosa, sino simplemente señalar la fuerza de la fe puesta en sus dioses. De toda una cultura en general, pero particularmente de las personas con las que convivía Arístides; desde los emperadores¹ hasta sus amigos, tanto los del templo como los que no pertenecían a él.

En la época que estamos considerando, se da un sincretismo religioso importante. La gente, independientemente de su localidad y la identidad que ésta misma generaba, no era ajena a la posible mezcla entre las figuras divinas. Aunque algunos dioses fueran extranjeros o de raros cultos, eran conocidos por todos. Los creyentes

¹ Marco Tulio, Antonino, Salvio Juliano.

estaban empapados ligera o pesadamente por las religiones del siglo II d. C. Hay claras muestras de la fe que existía en el pueblo; como de modo inmejorable los Discursos Sagrados.

El párrafo más representativo es el 8: ta_ d 0 e)nteu=qen e!sti me_n ou) kat 0 a!nqrwpon dihg/sasqai, e)gxeirhteo=n de_, w#sper u(peqe/mhn, e)c e)pidromh=j e!nia au)tw=n dielqei=n. ei) de_ tij ta_ a)kribe/stata gnw=nai boulh/setai tw=n gegenhme/nwn h(mi=n para_ tou= qeou=, w#ra ta_j difqe/raj au)tw=? zhtei=n kai_ ta_o)nei/rata au)ta/.

No está en poder del hombre contar con pormenores, pero se debe empezar, como me lo propuse rápidamente, a discurrir algunas de ellas. Y si alguien quisiera conocer las cosas más exactas de las que nos han ocurrido por intervención del dios, (es) la hora de buscar los pergaminos y los mismos sueños. (II, 8)

Fundamental en el discurso II es el párrafo 9; ahí es donde comienza a describir sus primeras visiones con respecto al dios y por qué éste revela a Arístides que debe escribir sobre lo que ocurre y sucedió en su etapa de incubación, y aun de más importancia, la asignación del nombre a estos escritos, de **“Discursos Sagrados”**: *“Empecemos ahora a partir del momento en que nos hallábamos en el templo, y la primera noche se apareció el dios a mi ayo en la figura de Salvio, entonces cónsul. En aquel momento aún no sabíamos quién era Salvio. Se daba la circunstancia de que éste, por aquel entonces, manifestaba asidua devoción al dios. Dijo mi ayo que esta figura la había hablado de mis escritos y que, además de otras cosas, según creo, los había designado llamándolos “Discursos Sagrados”. (II, 9)*

En este momento, es pertinente introducir un comentario de un gran especialista en Elio Arístides, su intervención es, quizá, una crítica a las prescripciones poco creíbles

que el dios hace durante la enfermedad de un incubante, en particular la de Arístides, porque conocemos los males que sufría y las acciones que tenía que ejecutar para sanarse. Boulanger las llega a tachar de ridículas, pues comenta lo siguiente: *“Antes del fin del invierno, Arístides vuelve al Asclepeion en Pérgamo en el más lamentable estado que nunca. Nosotros no le seguimos en la despiadada descripción que él nos hace de sus males reales e imaginarios: catarro, tos violenta, enfriamientos, expectoración de sangre, dolores de estómago y de vientre, dolor de cabeza, parálisis de la cara, anquilosis del cuello, reumatismo, ‘opistotonia’, que le encorva la espina dorsal ‘como una vela de un barco en el viento’, convulsiones, fiebre, tumores... Un médico de Moliere no imagina su terrorífica enumeración. Nosotros no nos proponemos tampoco enderezar el fastidioso catálogo de curas descabelladas que le prescribía el dios: baños en piscina, en el mar o en el río, especialmente en los más grandes fríos, sangrías, purgaciones, aplicaciones de bálsamos encontrados milagrosamente al pie de la estatua de Asclepio, caminatas descalzo en pleno invierno, largas cabalgatas. Nunca los neócoros ni los devotos del dios habían visto nada de maravilloso. Arístides lo nota gloriosamente”*.²

Quizá haya que dudar entre el punto de vista de un especialista, como lo es nuestro autor moderno, y el de las narraciones de alguien que lo vivió en carne propia. Pero tomando las dos partes, si la descripción de Arístides nos resulta exagerada, no hay que olvidar que la intención era mostrar y demostrar el agradecimiento hacia un dios que en esa época era alabado y muy popular entre el pueblo, ya que la gloria del dios fue recordada a través de siglos. Y por esta razón la fe ha sido y será causa de uno y mil milagros.

² Boulanger. Segunda parte. La vida de un sofista. Asclepio educador de Arístides. pp. 132-135.

Probablemente la crítica de Boulanger es un tanto excesiva si se toma en cuenta la religiosidad de ese entonces. Lo describe como fanático y que se inventa sus propias enfermedades, pero cómo no tomar en cuenta aquellas descritas con tanto dolor y con tanta *crueldad*, y a la vez, llenas de benevolencia manifestada por un dios.

Continuando con el discurso II, y con las constantes manifestaciones de admiración y agradecimiento de Arístides hacia Asclepio, como lo muestran los párrafos 12 y 14:

-,e)moi_ de_ tosou=ton h!rkesen ei)pei=n: (w])Askhpie/.) kai_ pa=si dh_ qaumasto_n e)do/kei to_ so/fisma th=j nauagi/aj e)p 0 a)lhqinw=? tw=? kindu/nw? geno/menon. ou[dh_ kai_ e!gnwmen o#ti ka)k tou= pela/gouj a!ra au)to_j o(seswkw_j h]n.

Pero me bastó decir esto: “¡Oh, Asclepio!” Y admirable (les) pareció a todos el artificio del naufragio que ocurrió por un peligro real. Allí fue donde supimos que él era el que nos había salvado del mar. (II, 12,14)

También muestra de ello es el párrafo 21 y 23: w(j d 0 e)ce/bhn, o# te dh_ xrw_j pa=v h!nqei kai_ to_ sw=ma pa/nth kou=fon h]n kai_ boh_ pollh_ tw=n te paro/ntwn kai_ e)pio/ntwn to_ poluu/mnhton dh_ tou=to bow/ntwn. 9 me/gaj o()Askhpio/j 0

De modo que cuando salí, toda (mi) piel brillaba y el cuerpo estaba por todas partes ligero y hubo un (gran) grito de los presentes y de los que avanzaban celebrando por medios de himnos gritando esto: ¡Grande es Asclepio! (II, 21) Este pasaje nos lleva a reflexionar sobre el modo en que Arístides interiorizaba su creencia y esta misma causaba un impacto en los que compartían su fe. Por un lado nos ponemos a pensar e

imaginar la condición física de nuestro autor, quizá la sugestión o una mejoría repentina lo hace parecer resplandeciente y la confirmación de su sentimiento religioso, la fuerte confianza en el dios, se refleja de una manera corporal que quienes concurren al lugar son testigos de ello, y con un alboroto general, claman al dios cuya obra es ese resplandor que Arístides encarna.

Paraphhsi/wj de_ kai_ ta_ th=j gnw/mhj ei]xen. ou!te ga_r oi[on h(donh_ perifanh_j h]n ou!te kat 0 a)nqrwpi/nhn eu)frosu/nhn e!fhsqa a!n ei)nai au)to/, a)ll 0 h]n tij a!rrhtoj eu)qumi/a, pa/nta deu/tera tou= paro/ntoj kairou= tiqeme/nh, w#ste ou)d 0 o(rw=n ta_ a!lla e)do/koun o(ra=n: ou#tw pa=j h]n pro_v tw=? qew=?.

Y de modo semejante ocurría con los sentimientos de (mi) ánimo. Pues no era un placer evidente ni dirías que fuera una alegría a la manera humana, sino una placidez indescriptible que ponía todas las cosas como secundarias a la ocasión presente, de suerte que viendo las otras cosas creía no ver(las). Así estaba todo en relación con el dios. (II, 23)

Continuando en el párrafo 24, encontramos una auténtica prueba de que Arístides sólo escribía lo que soñaba y en estos sueños le era prescrito lo que transmitió en su obra. Queda en duda si era realmente un suceso verídico o si el autor le agregaba elementos de su imaginación a sus narraciones. Para Arístides, lo que percibía como inspiración onírica, e incluso lo que imaginaba comportaba una verdad. Algunos críticos como Boulanger lo ponen en duda, la cuestión que a nosotros nos inquieta es hasta dónde el mismo Arístides está convencido de su propia verdad. Pero el sofista pensó siempre, que era el dios quien dirigía sus palabras para llevar la narración más apegada

a los hechos y prescripciones que el dios le hacía, como muestra en el siguiente pasaje:

)Alla_ to_ e)nteu=qen so_n h!dh, w] de/spota, gi/gnetai dei=cai kai_ paraste=sai
o# ti e(ch=j le/gontej kai_ o#poi trepo/menoi soi/ t 0 a!n kexarisme/na poioi=men
kai_ tou= lo/gou proi/oimen w(j ka/l!ista.

Pero ya desde ahora, ¡oh señor!, se hará posible mostrar y sugerir lo que a continuación digamos y a dónde dirigirnos para que hagamos las cosas que te sean gratas y avancemos en nuestro relato del mejor modo. (II, 24)

Para concluir con las manifestaciones de agradecimiento citaremos los párrafos más significativos como son: los párrafos 30, 31, 37,59, 73 y 82.

e)n d 0 au)toi=j e(stw=ta e)me_ dhmhgorei=n te kai_ u(me!n to_n qeo/n, a!lla
te dh_ le/gonta pantoi=a kai_ w(j paratre/yeie/ mou ta_j moi/raj pollaxh=? me_n
kai_ a!llh?, e!nagxoj de_ o#te kai_ a)yi/nqion proseurw_n prosta/ceien piei=n
o!cei dieime/non, w(j mh_ duxera/naimi.

Habiéndome colocado entre ellos, hable delante del pueblo y también alabé al dios. Y en seguida diciendo además de otras cosas de toda clase que también había desviado de mí de muchas maneras los golpes del destino. Hace un momento, cuando encomendó beber el ajenjo, el que había pasado por vinagre, para que yo no sintiera aversión. (II, 30)

e)ntau=qa dh_ a!llaj te fina_j h)fi/ein ei)j to_n qeo_n kai_ dh_ kai_
9moirono/mon 0 prosei=pon au)to/n, w(j ta_j moi/raj toi=j a)nqrw/poij
diane/monta:

Allí además emitía otras expresiones para el dios, y entonces yo lo llamé “el que regula el destino”, así como el que distribuye las suertes a los hombres. (II, 31)

o#ti me_n ga_r a#panta tou=ton to_n xro/non au)to_j h]n o(sw/zwn kai_
h(me/ran e)f 0 h(me/ra? dwrou/menoi, ma=llon de_ kai_ un=n au)to/j e)stin o(
sw/?zwn, suni/sasin o#soi kai_ mikrón ti tw=n h(mete/rwn i!sasin.

Pues fue durante todo este tiempo, él era el salvador y me ofreció el don día a día. Y
más aún ahora él es (mi) salvador, cuantos sabían y cuántos vieron algo pequeño de los
días. (II, 37)

fh/sei pa=n w(j a)lhqw=j peraiterw qauma/twn ei]nai kai_ tou= te qeou= th_n
du/namin kai_ th_n pro/noian meizo/nwj o!yetai, ka)moi sunhsqh/setai th=j timh=j
h#n e)timw/mhn, kai_ ou)k a!n th=j a)sgenei/aj ma=llon suna/xqoito.

Diría que todo es en verdad más allá de las apariciones y verá más grande la fuerza y la
prudencia del dios, y compartirá (conmigo) el honor con el cual fui honrado, y no se
afligirá más con mi enfermedad. (II, 59)

pw=j ou) me/giston shmei=on tou= qeou= th=j duna/mewj;

¿Acaso no (es) la señal más grande del poder del dios ? (II, 73)

oi(d 0 o(rw=ntej ou)x h[ttou to_ loutro_n h! tou_j lo/gouj e)qau/mazon: ta_ d 0
a)mfo/ter 0 h]n para_ tou= qeou=.

Y los observadores admirarían el baño no menos que (mis) discursos: Y ambas cosas existían de parte del dios. (II, 82)

A lo largo de este discurso, una y otra vez, leeremos el estado físico en que se encontraba Arístides. Lógicamente su situación, en cuanto a sus enfermedades, era casi siempre nefasta. Podemos encontrar las descripciones en los párrafos 1, 2, 5, 6, 7, 34, 39, 51, 56, 58, 60, 66, 67, 68 y 71 tales expresiones que son usadas por el enfermo: “...Al principio no se nos ocurría escribirlos por desconfianza de si viviría lo bastante para hacerlo...” (II, 1) “...Pero me basta con purificarme ante el dios en parte por la debilidad de mi cuerpo...” (II, 2) “...por haber reunido en mi cuerpo un cúmulo de trastornos de todo tipo, consecuencia de las enfermedades continuas...” (II, 5) “Lo más penoso y agobiante de todo era que tenía dificultades para respirar, y, con mucho trabajo y desconfianza, fatigosamente, inspiraba de manera forzada y apenas suficiente, Seguía una sensación persistente de ahogo en la garganta, sus tendones sufrían temblores y necesitaba más ropa de abrigo de la que podía soportar. Además me agobiaban otras molestias indescriptibles” (II, 6) “Se decidió que tomara baños termales si llegaba a estar menos molesto o podía soportar, de algún modo, mejor, el estado del tiempo...” (II, 7) “...habida cuenta de que era invierno, y del temor por la excesiva debilidad de mi cuerpo. Pues yo llevaba sin salir de casa, en cama, varios meses seguidos.” (II, 34) “Mientras tanto, resistí cuidando de la salud de los demás no menos que de la mía propia. Después la enfermedad creció en intensidad y fui presa de fiebre...” (II, 39) “Esto que sigue sucedió en Pérgamo, de nuevo en invierno, coincidiendo con un serio decaimiento físico...” (II, 51) “...Los que estuvieron presentes en cada momento conocen cuál era mi estado en lo interior y lo exterior...”

(II, 56) “...se añadía forzosamente el estar envuelto en lana y otras ropas de abrigo, la reclusión rigurosa con todo cerrado, de modo que el día era igual a la noche, y las noches, en vez de los días, eran insomnes...” (II, 58) “...Partí hacia Roma, en mitad del invierno, enfermo ya desde casa, como secuela de unos baños y un enfriamiento, sin haber hecho ningún caso a mis molestias del momento, confiando en la robustez de mi cuerpo y de mi buena suerte para todo. Cuando llegué al Helesponto sufrí muchísimo de los oídos, y, en general, no me encontraba bien...” (II; 60) “...Mi cuerpo estaba exhausto de tantas fatigas, y roto” (II, 66) “...circunstancias todas en las que mi pecho y el resto de mi cuerpo sufrieron todavía más daño”. (II, 67) “...Yo no era capaz ni de tenerme en pie, mis oídos estaban ensordecidos y no había nada que no me diera molestias...” (II, 68) “...Vayan enhoramala dolores, enfermedades y peligros...” (II, 71)

Y con esto concluimos todas aquellas expresiones que salieron de Arístides acerca de su enfermedad, pues debido a diversas situaciones, su estado físico siempre era afectado por grandes males como ya fue expuesto.

Pero no todo fue infelicidad para el autor, ya que también encontramos algunas descripciones y expresiones en las cuales demuestra el bienestar que recibió, y ésta son narradas con entusiasmo y las podemos examinar en los siguientes párrafos: *¡Grande es Asclepio! Lo que ocurrió después, ¿quién podría contarle? Todo el resto del día y la noche hasta ir a la cama conservé el estado alcanzado en el baño, y no me di cuenta de que alguna parte de mi cuerpo estuviera más seca o más húmeda; ni disminuyó en nada el calor que se tendría si se hubiera producido por medios humanos, sino que era un calor sin variaciones, interrumpido, que difundía igual sensación de vigor por todo el cuerpo, y durante todo el tiempo*. (II, 22) “Y de modo semejante ocurría con los sentimientos de (mi) ánimo. Pues no era un placer evidente ni dirías que fuera una

alegría a la manera humana, sino una placidez indescriptible que ponía todas las cosas como secundarias a la ocasión presente, de suerte que viendo las otras cosas creía no ver(las). Así estaba todo en relación con el dios”. (II, 23) “...Como los sueños coincidían, usamos ya el remedio, y bebí tanto como nadie antes, y al día siguiente lo mismo, según había prescrito el dios con sus signos. ¿Para qué contar el bienestar producido por el brebaje, y cuánto me alivió?” (II, 35) “...Y, poco a poco, me fui reponiendo con fatigas y dificultades”. (II, 43) “...y recuperé la vida por permisión divina después de este suceso que se produjo como una especie de trueque”. (II, 44) “...El alivio y el descanso, a continuación, era cosa fácil de entender para un dios, pero nada fácil para un hombre llegar a comprenderlo o expresarlo con palabras”. (II, 49)

Es de suma importancia mencionar los viajes que efectuó Arístides para lograr cumplir lo prescrito por el dios. En ocasiones éstos eran de consecuencias catastróficas, pero este mal era planeado por el dios, quizá para confirmar lo que ya se había expuesto: reafirmar la fe que se ponía en él y qué mejor prueba que todos estos sacrificios, en los que teniendo la oportunidad de ceder no hay indicios de dar marcha atrás. Muestra de ello son los párrafos 12, 13 y 14. Es evidente la fe declarada por Arístides con respecto a todo lo que Asclepio le revelaba, y aun su demostración es ciega. Como ya sabemos, las órdenes dadas eran cumplidas sin ninguna oposición. Lo comprobamos en el párrafo 2, donde dice: “...Y con toda verdad puedo decir que desde el comienzo mismo el dios me advirtió que consignara mis sueños. Este fue el primero de sus mandatos.” “...¡Séanme invocados él y Adrastea!”. (II, 2) Pero dentro de este discurso, especialmente en el párrafo 7, comienza a demostrar el por qué de su fe ciega, ya que es el inicio de su propia curación: “Allí, por primera vez, comenzó el Salvador a hacerme revelaciones”. “...¡Grande es Asclepio! ¡Su orden está cumplida!” (II, 7)

Como se menciona al inicio del desglose del discurso II, sólo hay un viaje a Roma, quizá porque es el más importante: *“Tal vez alguien quiera saber de qué se originó tan penosa situación. La cosa supera, o iguala, al relato hecho a Alcínoo. Partí hacia Roma, en mitad del invierno, enfermo ya desde casa,...”* *“...Cuando mejoré un poco crucé al otro lado. A continuación, lluvias, frío glacial, hielos, los vientos todos. El Ebro abierto a golpes hacía poco era posible atravesarlo en barca, pero, si no, todo él se hacía como tierra firme al helarse. Las tierras, inundadas en todo lo que alcanzaba la vista. Escasez de hospedajes, y más abundante el agua que caía del techo, que fuera, del cielo. Y en medio de todo esto, prisa y marcha apresurada, en contra del tiempo reinante y de las fuerzas de mi cuerpo. Pues ni los portadores de mensajes militares nos adelantaban, para no decir más, y la mayoría de mis sirvientes hacía el camino sin obligaciones. Yo mismo buscaba los guías, si hacían falta, y esto no era cosa fácil. Pues tenía que hacerme con hombres que huían como bárbaros, a veces persuadiéndolos, y en ocasiones tratándolos con violencia. Como consecuencia de todo esto mi mal se incrementó. Con los dientes llegué a la desesperación, me ponía las manos debajo como para recogerlos, era del todo imposible tomar alimento a no ser leche...”* *“...Y llegué a Roma unos cien días después de mi partida de casa...”* (II, 60-62)

En este discurso se encuentran otros viajes más. Notamos dos tipos más, uno donde sólo menciona que fue trasladado de un lado a otro, como lo hace en el párrafo 5. Sin embargo, también están aquellos donde la narración del viaje, además de ser muy descriptiva, es demasiado minuciosa: *“...me pareció ya que debía volverme a casa, si es que podía resistirlo. Como por tierra era imposible –pues mi cuerpo no aguantaría las sacudidas- lo intentamos por mar. De los animales de carga que traíamos, unos habían perecido a causa del frío, vendimos los que quedaban. Y nos ocurrió una especie de*

Odisea. A poco de salir, en el mar Tirreno sobrevino una tempestad, oscuridad y viento del oeste, y una insoportable agitación del mar. El timonel soltó los gobernales, y el capitán y los marineros derramaron ceniza sobre sus cabezas, lamentándose por sí mismos y por el barco. El mar batía, embravecido, de proa y de popa, yo estaba empapado por efecto de los vientos y el oleaje, y esto sucedía de día y de noche. Era casi media noche cuando fuimos arrastrados hacia el cabo Peloro en Sicilia. Después en el estrecho, anduvimos navegando sin rumbo, unas veces hacia atrás y otras hacia delante. Atravesamos el Adriático en dos noches y un día, arrastrados sin ruido por la corriente. Y cuando teníamos que atracar en Cefalonia, de nuevo hubo olas enormes y el viento no nos ayudó, sino que navegamos sin rumbo arriba y abajo. Mi cuerpo estaba exhausto de tantas fatigas, y roto...” (II, 64-67)

Como ya comentamos, hay viajes simples que sólo llegan a ser ocasionales por una sencilla prescripción, la cual se debe realizar ejecutando el viaje o simplemente, trasladarse, como lo es, la descripción del párrafo 11: *“Me envió a Quío diciendo que me enviaba por una purga...”*

Para finalizar con los viajes, hay que decir que no eran del todo crueles para Aristides y sus acompañantes, sino que también tenían como fin demostrar las cualidades del autor como orador.

Algo que se narra en este discurso, lo cual no se hizo en el anterior, es la descripción sobre algunas costumbres que tenían los que habitaban el Asclepeion, y en ocasiones su relación entre unos con otros. Son interesantes estos sucesos debido a que aquellas personas que se encontraban fuera del templo, pero que no eran del todo ajenas a los hechos que adentro ocurrían, por medio de estas descripciones logran conocer, de una forma más certera, los hábitos de los incubantes.

Quizá nos imaginábamos que dentro del templo todos oraban a Asclepio suplicándole la sanación, pero es un poco difícil de pensar que se hicieran sacrificios en honor del dios sanador y, resulta aún más difícil de imaginar, qué tipo de sacrificios se efectuaban. En el párrafo 27 el autor nos describe dos tipos de sacrificios: unos, que se hacían también en honor de cualquier otro dios, llamados: “sacrificios de los hoyos”. Por otro lado, y dentro del mismo párrafo encontramos los sacrificios efectuados para el propio Asclepio en su templo: “...Luego de esto, ir al templo y hacer un sacrificio completo en honor de Asclepio, erigir como ofrenda cráteras sagradas, y distribuir sagradas porciones a mis compañeros en la peregrinación...” (II, 27)

Dentro del tema de los sacrificios encontramos otro tipo de éstos; debe hacerse una mutilación, como único fin de obtener su propio beneficio, realizando un sacrificio más: “...Debía también cortar un trozo de mi propio cuerpo, por la salud del cuerpo entero...” (II, 27)

Posteriormente, en el mismo párrafo, Asclepio decide que la mutilación sea cambiada por un objeto como su anillo, en sustitución de su dedo. ¿Habrán sido de forma semejante los sacrificios efectuados ahí dentro? Quizá no hayan sido tan crueles y sanguinarios como nuestro autor los quiere hacer parecer, puesto que después los deseos del dios para que se mutilaran son suavizados por la sustitución de objetos personales.

Continuando con el mismo párrafo, nos dice que sólo los que habitaban el templo temporalmente debían efectuar peregrinaciones: “...y distribuir sagradas porciones a mis compañeros en la peregrinación...” (II, 27)

En los párrafos 30 y 31 leemos el modo en que se congregaban los adoradores de Asclepio para elevar sus oraciones. Aunque no estén muy claros los pasos del rito sí podemos percibir algunas formalidades como el atavío. Evidentemente se tratan de descripciones de sueños, pero pueden ser indicativas dado que éstos contenían las

instrucciones de cómo debían ser ejecutados los ritos. Al llevarlos a cabo se realizaba una reunión en el templo, ya sea para un rito o simplemente para orar. Se reunían en un lugar específico, probablemente, el más sagrado y como símbolo de esto, vestían de blanco: “...-es cuanto puedo recordar- que había en el teatro sagrado una multitud de hombres vestidos de blanco y reunidos delante del dios...” (II, 30) “...El mío fue como sigue: soñé que me hallaba en los propóleos del templo y que también se encontraban ahí reunidos otros muchos, como cuando tiene lugar el rito de purificación; estaban vestidos de blanco y, en lo demás, con el atavío adecuado...” (II, 31)

En el párrafo 32, como consecuencia del 30 y 31, Arístides nos describe el sentimiento que reinaba entre los presentes. Cuando se efectuaban dichas reuniones, demostraban apasionamiento y Arístides lo describe de esta forma: “Era en efecto, como si se tuviera la impresión de tocarlo, y se percibiera que llegaba en persona, como estar a medias entre el sueño y la vigilia, y querer mirarlo y sentir el temor angustioso de que desaparecería en seguida, prestar oídos atentos y oír una cosa como en sueños, otra como en estado de vigilia, los cabellos erizados, y lágrimas de gozo, y orgullo inocente del corazón. ¿Qué hombre sería capaz de explicar estas cosas con palabras? Sólo quien sea un iniciado sabe, y puede comprender”. (II, 32)

Un papel muy importante en la vida de los incubantes es el de los neócoros, que son sacerdotes, que los ayudaban orientándolos durante su permanencia. Arístides los menciona, una vez, en el párrafo 30: “Era Filádelfo el otro neócoro del templo...” (II, 30)

Otra vez son mencionados en el párrafo 35: “Decidimos que no sería malo hacer venir también a Asclepiaco, el neócoro. Por entonces yo vivía en su casa y, además, acostumbraba a comunicarle la mayor parte de mis sueños. Llegó el neócoro, y antes de que nosotros comenzáramos nuestro relato, empezó él a contarnos...” (II, 35)

En el párrafo 47 los vuelve a mencionar, pero aquí no especifica, y por lo tanto no queda del todo claro, la función que éstos realizaban: “...Pues los neócoros, en los años de su vida, y todos los devotos del dios, y los que tenían alguna función en el templo convenían en que jamás habían sabido de nadie que hubiera soportado tantas veces la lanceta...” (II, 47)

Probablemente, las costumbres generales se puedan descubrir en las prescripciones hechas para Arístides porque, como podemos observar, los hábitos descritos a lo largo de este discurso, son escasos, pero no por ello carentes de importancia. Y si eran aplicados por él, se puede pensar que los demás incubantes, diariamente, efectuaban las mismas peripecias a que se enfrentaba el autor.

Las muestras que daba el dios de posible cura son abundantes, aunque no se note un restablecimiento total. Después de realizar, al pie de la letra, las acciones ordenadas por el dios, la sanación era prometida, pero no cumplida sino hasta después de muchos más sacrificios, como lo demuestra el párrafo 27, ya antes citado.

En otros párrafos, como el 35 y 36 hay dudas por parte de Arístides. Su estado físico es bueno, se siente bien; pero siente incertidumbre por lo que más adelante pasará con su vida, sobre cuál será su final.

De todas las experiencias extraordinarias que Elio Arístides transmite, las que expresan su bienestar físico son más convincentes en contra parte de las que subrayan su carácter hipocondríaco. El autor narra que hasta la posición al dormir y lo que sueña son mensajes ocultos donde se le revela una probable curación. Después de esos sueños testimonia una auténtica mejoría. Muestra de esto son los párrafos 40 y 41: “Estando las cosas así, cuando me encontraba casualmente vuelto hacia el lado de dentro de la cama, tuve una especie de sueño. Esto fue el punto crítico. Soñé que estaba en el final del drama, que me quitaba los contornos y tomaba, a cambio, el calzado de mi padre. Y

cuando estaba en ello, el Salvador, Asclepio, me hizo darme la vuelta de repente, hacia el lado exterior de la cama.” (II, 40) “...Ellos no sabían qué hacer, estaban confusos, y temieron que estuviera desvariando, hasta que vieron que mis fuerzas se reponían, y escucharon las palabras que yo había oído a la diosa...” (II, 41)

Aunque hemos mencionado varias veces que las prescripciones, en ocasiones, eran severas, Arístides las cumplía sin enojo ni reproche y, por consiguiente, las efectuaba al pie de la letra sin omitir detalle, tal cual se las había prescrito el dios: *“...Pues con esto se cumplía lo esencial. Naturalmente, hicimos esto de buen grado. Y a todos les pareció maravilloso el artificio del naufragio, acaecido con peligro real. En lo cual pudimos conocer que era él quien nos había salvado del mar. La purga fue añadidura a sus favores”.* (II, 13)

Después de sorprenderse Arístides en sueños o visiones por las prescripciones recomendadas por el dios, es difícil de imaginar la sugestión de lograr ver y hasta tocar al que por medio de sueños trata de ayudarte. Era y es algo sólo para privilegiados. Arístides nos lo expresa de la siguiente manera en el párrafo 21: *“Cuando llegamos al río no hubo necesidad de nadie que nos animara sino que, todavía lleno de ardor nacido de la visión del dios, arrojé mis vestidos, no me hizo falta recibir fricciones, y me lancé donde el río era más profundo. Después, como si estuviera en una piscina llena de agua agradable y templada, pasé allí un rato, nadando y mojándome del todo. De modo que cuando salí, toda (mi) piel brillaba y el cuerpo estaba por todas partes ligero y hubo un (gran) grito de los presentes y de los que avanzaban celebrando por medios de himnos gritando esto: ¡Grande es Asclepio! (II, 21)*

Otros de los medios para que el incubante sintiera bienestar y obtuviera una posible cura son aquellas prescripciones que Boulanger llama absurdas o increíbles.³

³ Remitimos al lector a la página 46 nota 76 en donde se enumera una lista de estas curas y sus circunstancias.

El dios las dictaba para beneficio del solicitante. Sin embargo, estas indicaciones extremas eran obedecidas y los resultados eran satisfactorios; si se desobedecían por escuchar otras sugerencias –como sus amigos, sus admiradores e incluso sus compañeros incubantes–, los efectos no eran los esperados sino todo lo contrario: *“Pero dejemos a un lado cuantas equivocaciones cometieron mis consejeros. Sin embargo, también esto parece ser una de las cosas directamente atribuibles al dios. La circunstancia de que, cada vez que el dios daba su opinión y hablaba claramente, el mismo régimen de vida y las mismas normas que traían la salvación, la fuerza, alivio, bienestar, tranquilidad de ánimo y todo lo mejor tanto para mi cuerpo como para mi espíritu, mientras que si algún otro me aconsejaba sin tener en cuenta la opinión del dios, me sobrevénía todo lo contrario a esto, ¿no constituye la prueba más grande del poder del dios? Bien. Recordemos de nuevo sus prescripciones”*. (II, 73) Y debido a esto, Arístides vuelve una y otra vez a las recomendaciones que el mismo dios le daba.

Pero en contraposición a este discurso, tenemos las peores experiencias sufridas por nuestro autor, como lo es su condición física, la cual era mala y por lo tanto, su estado de ánimo decaía irremediablemente, aunque su fe se mantenía firme y él seguía siendo fiel al dios. Pero debido a su estado tanto físico como emocional, Arístides llegaba a pensar hasta en la muerte, y por esta razón él en todo momento cree y exige una recuperación pues ciertamente no deseaba morir.

Continuando con este mismo tema, de la muerte, en ocasiones se debían hacer ciertas acciones para evitar el malestar, y en algunos casos, la propia muerte. Nos lo narra en los párrafos 25 y 26: Su estado es de consternación. Sigue escuchando al dios y si hay solución, la quiere escuchar y si no, sólo queda en él la resignación: *“Pues el dios me dio también otras muchas señales, y me salvó de los peligros que sobre mí gravitaban siempre, infinitos día y noche, asaltándome ahora uno, después otro,*

volviendo de nuevo los mismos, o, cuando algunos desaparecían, tomando otros su lugar. Y contra cada uno de ellos vinieron remedios de parte del dios, y consuelos de todo tipo, de palabra y obra. De una cosa me acuerdo también ahora, realizada por él en cierta ocasión. Me dijo que yo tenía que morir, pasados dos días, y que era cosa fatalmente obligada. Y al mismo tiempo me dio indicios de cómo iban a ser algunos sucesos del día siguiente, cómo sería el tiempo y por dónde aparecería el Cochero; y aun me dio otras señales de su veracidad”.

(II, 25-26)

Las descripciones de los párrafos 55 y 56 resultan aun más detallistas en cuanto a la narración y su sentir; la muerte no la presiente el enfermo por lo que el dios decida hacer, sino debido a los malestares que siente. En algunos párrafos de este discurso, como ya mencionamos, encontramos una prueba de que lo que el dios hacía era maravilloso y conocido, tanto por el propio autor, como por la mayoría de las personas. Esto se puede consultar en los párrafos 15 y 20.

Como ya mencionamos, el principal objetivo de este discurso es la descripción de los primeros síntomas de la enfermedad que mantuvo en tal estado a nuestro autor. Pero aledaño a sus males Arístides resalta su carácter de elegido y desea transmitir las imágenes que le vienen de otros dioses con toda viveza para así demostrar que él mismo, en su enfermedad, es un privilegiado de las divinidades.

En primer término se encuentran aquellas expresiones que se refieren a la diosa Atenea, en los párrafos 41 y 42: *“No mucho después apareció Atenea portando la égida, en belleza, tamaño, y forma, enteramente como la de Fidias en Atenas. Se desprendía de la égida una fragancia gratísima, y era semejante a algo como cera, maravillosa la égida también por su belleza y tamaño. Se me apareció a mí solo, en pie, frente a mí y del lado de donde iba a verla mejor”.* (II, 41-42)

En la obra aparecen constantes alabanzas hacia el dios, fundamentalmente para recalcar su poderío, para invocarlo, y para que le ayudara en algunas circunstancias peligrosas, y la más importante, para recordar que todo lo bueno o malo que sucedía, era obra de el propio dios: “...¡ Séame invocados él y Adrastea!...” (párrafo 2) “...¡ Grande es Asclepio ! ¡Su orden está cumplida!...” (párrafo 7) “...¡Oh, Asclepio!...” (párrafo 12) “... ¡ Grande es Asclepio! Lo que ocurrió después, ¿quién podría contarlo?” (II, 21 y 22)

Quizá algo de la más sorprendente de este discurso sea la descripción que nos hace de Asclepio, dándonos una idea de cómo era, para que en cierta forma nosotros mismos lo idealicemos de tal manera: “Y cuando estábamos en Esmirna se me apareció en una figura tal como voy a describir: Era al mismo tiempo Asclepio y Apolo, el de Claro, y el llamado Calitecno en Pérgamo, a quien pertenece el primero de los tres templos. De pie en esta figura delante de mi cama, extendiendo los dedos y contando con ellos el tiempo, me dijo:...” (II, 18)

Un párrafo semejante al 21 es el 32 donde nos narra lo impresionante que puede ser estar con el dios, y quizá, un poco angustiante el hecho de no alcanzar a comprender su estancia allí, el por qué se hizo presente. La sensación puede ser parecida al hecho de describir al mismo dios.

Hemos repetido que la formación de Arístides como orador fue muy importante durante su enfermedad, pues el dios lo incitaba y lo ayudaba para que continuara por este camino. En este discurso sólo encontramos tres intervenciones, pero de mucha importancia, porque nos demuestra cómo aún enfermo, cansado o en las condiciones nefastas de su estado físico y emocional, lograba sobresalir. Esto se encuentra en los párrafos 30, 31 y 81.

Los médicos juegan un papel importante, pues Arístides nos expresa la admiración de parte de aquellos ante el fenómeno de la incubación. Es evidente que a los médicos les pudo parecer algo absurdo y hasta increíble su enfermedad, pero Arístides los describe como crédulos y hasta como imbéciles: “...*Se reunieron los médicos y los maestros de gimnasia, y ni pudieron ayudarme ni desentrañar la complejidad de mi dolencia. Sólo llegaron al acuerdo de enviarme a las fuentes termales, puesto que no era capaz de soportar el clima de la ciudad*”. (II, 69)

Del mismo modo que en otros pasajes se nos revela que las curas son extremas y recetadas aún en las condiciones menos propicias, en otras ocasiones la receta era más benévola y buscaba el entorno más amable para el enfermo. En esos casos el clima influía en si Arístides debía o no ejecutar los remedios. Ya es sabido que en ocasiones, a temperaturas sumamente bajas, debía realizar dichas curaciones. Como ejemplo están los párrafos 7, 19 y 34: “*Se decidió que tomará baños termales si llegaba a estar menos molesto o podía soportar, de algún modo mejor, el estado del tiempo...*” (II, 7) “*Estábamos en la mitad del invierno, hacía un terrible viento norte y un frío glacial, los guijarros estaban de tal modo adheridos unos a otros por el hielo que parecían una superficie cristalina continua, y el agua como era de esperar en semejante tiempo*”. (II, 19) “*...pero se sentía perplejo sobre cómo actuar, habida cuenta de que era invierno, y del temor por la excesiva debilidad de mi cuerpo.*” (II, 34)

Pero en otras circunstancias, el clima influía en la vida de Arístides de otra manera, es decir, que al momento en que se traslada a algún lugar, siempre y cuando fuera mandado por el dios; las condiciones de navegación traían como consecuencia males para la tripulación, pero pasada la prueba, los resultados eran buenos y satisfactorios, aun con las penas sufridas en dichos viajes. En el párrafo 12 encontramos narrado este suceso.

Ahora dentro de las narraciones y como tema final, pasemos a las recomendaciones que Asclepio la daba a Arístides para su curación. En primer término tenemos, una vez más, los baños; los hay de diversas formas, los más mencionados en este discurso son los efectuados en los ríos.

Encontramos párrafos donde nos dice que debe bañarse y ya; que lo debe hacer porque el dios se lo ordena y él debe obedecer, esto sucede en los párrafos 18 y 48.

Sin embargo, hay otros párrafos donde la descripción del baño es sumamente detallada y nos trasmite el bienestar que éstos le producen. Muestra de ellos es el párrafo 21, el cual ya ha sido citado.

En oposición al baño del párrafo 21 encontramos los dos narrados en los párrafos 52 y 53, donde éstos son descriptivos y los síntomas son desagradables, pero quizá los resultados hayan sido buenos y reconfortantes para la curación, aunque esto no se menciona.

En los párrafos 50 y 51 encontramos lo que se mencionó en el tema del clima, y en esos párrafos se juntan estas dos ideas, que son bañarse en el río y, además, con agua fría y lo que es aun más terrible, con un frío espantoso.

Existieron también los baños termales, que describe en los párrafos 7, 17 y 50, los cuales eran prescritos para que el enfermo buscará un bienestar temporal, si su estado físico era muy malo, quizá la sensación del agua templada producía una buena sensación, como se ve en el párrafo 7: *“Se decidió que tomara baños termales si llegaba a estar menos molesto o podía soportar, de algún modo mejor, el estado del tiempo...”* (II, 7)

Por último, tenemos dos descripciones de baños que son mezclados, uno con remedios y ungüentos, y otro, con la constante vanidad de Arístides con respecto a sus

dones oratorios. La primera la encontramos en el párrafo 10: *“Ya hay suficiente sobre esto. A continuación, me dio medicinas para mí mismo, la primera de las cuales era, a lo que recuerdo, esencia de bálsamo; y dijo que era un obsequio de Telésforo, el pergamense. Tenía que ungirme con ello cuando me bañaba, al salir del agua caliente y meterme en la fría. Luego, ciertas materias deterativas mezcladas con pasas y otras cosas, y más tarde miles y miles de remedios, todos los cuales, forzosamente, pasa por alto, pero quiero recordar cosas realmente extraordinarias”*. (II, 10)

La segunda se encuentra en el párrafo 82, que ya ha sido citado anteriormente. Los párrafos 10 y 43 son los únicos donde menciona que los remedios son por medio de sustancias o extrañas materias.

Después de efectuar alguna recomendación: el hecho de ungiarse (II, 71), untarse de barro (II, 74 y 76), y enfrentar el frío infernal (II, 78), lavarse en el pozo, quizá éste considerado sagrado, como nos lo menciona en los párrafos 71 y 74, era importante purificarse y, así, diera resultado el remedio; pero igualmente, podía no significar nada, era un pozo cualquiera como los que en aquella época abundaban, lo mismo que los baños.

Como señal de bondad y de que no todo era piadoso, hay recomendaciones no tan crueles, como lo era el beber ajeno: *“...Acordes con estos hechos, conducentes al mismo fin, y sucedidas más tarde, fueron las circunstancias por las que bebí ajeno.”* (II, 28) Habiendo tenido una prueba en el párrafo 28, en el 35 nos comprueba que después de beberlo, el sentir era el esperado, y por supuesto, el deseado: *“...Como los sueños coincidían, usamos ya el remedio, y bebí tanto como nadie antes, y al día siguiente lo mismo, según había prescrito el dios con sus signos. ¿Para qué contar el bienestar producido por el brebaje, y cuánto me alivió?”* (II, 35)

Una vez más, comprobamos que lo que le sucedía a Arístides y lo que era prescrito era extraordinario, increíble y único; eran sucesos difíciles de imaginar y que, probablemente estén contra la razón humana. Las sangrías que efectuaba eran de este tipo, y lo remarca en los párrafos 47 y 48: *“Primero ordenó que me extrajera sangre del codo, y añadió, a lo que yo recuerdo, que fueran ciento veinte litros. Lo que significaba que iban a hacer falta no pocas sangrías. Pero esto se aclaró más tarde. Pues los neócoros, en los años de su vida, y todos los devotos del dios, y los que tenían alguna función en el templo, convenían en que jamás habían sabido de nadie que hubiera soportado tantas veces la lanceta, salvo Isquiron...”* (II, 47) *“...Sin contar con las demás cosas extraordinarias que se añadieron a las sangrías, como en seguida sucedió también entonces. Pues un día o dos más tarde, según creo, me ordenó de nuevo extraerme sangre de la frente, y a un miembro del senado de Roma, que frecuentaba el templo, le ordenó lo mismo, señalándole, además, que también se lo había ordenado a Arístides. Era su nombre Sedacio, hombre excelente, que me refirió estas cosas personalmente. En mitad de estas flebotomías me ordenó el baño en el Caico...”* (II, 48)

Con esto damos fin a las recomendaciones de Asclepio, que eran dadas por medio de los sueños.

Y así concluimos con el desglose del segundo discurso.

CONCLUSIÓN

A través del recorrido emprendido en el presente trabajo, hemos abordado a Elio Arístides desde su formación como sofista hasta su íntima y personal relación con el Dios Asclepio. Como vimos, los viajes, el contacto con personalidades influyentes en el ámbito de la oratoria y de la política tuvo un peso decisivo en su formación como orador. Así, el influjo que obtuvo de su contacto con la tradición de los sofistas del siglo V y VI a.C., hizo que fuera reconocido como aticista, incluso más que como un buen sofista. De hecho, como hemos destacado, fue reconocido particularmente como neosofista. A pesar de que no todos le reconocieran su gran talento, su expresión le valió que tuviera que escribir por encargo algunos discursos. Es destacable que sus palabras llegaran a conmover al Emperador Marco Aurelio, lo cual lo hizo sentirse el segundo fundador de Esmirna y lo colocó en un punto tal, que incluso se llegó a sentir uno de los personajes más cercanos al emperador, aunque se debe decir que esto último es más producto de su imaginación.

Pero no es su talento de sofista lo que ha llamado la atención para la realización del presente trabajo, sino sus *Discursos Sagrados* en los que se expresa más de una manera personal que como un sofista y narra sus dolencias y la relación con el dios Asclepio como una consecuencia aneja a ellas. Las preguntas que condujeron la hechura de este trabajo fueron, en general, ¿cuáles fueron las condiciones que posibilitaron que un trabajo de tal dimensión se gestara?, ¿qué hace que un hombre se mantenga en tal estado de dolor durante tanto tiempo?, ¿en qué momento Elio Arístides se consideró un elegido por el Dios? y, finalmente, ¿qué papel puede tener la fe para transformar la vida de un hombre?

En aras de responder a nuestros cuestionamientos, descubrimos una época impregnada por la fe en la sanación. Lo cual incluía desde la construcción de templos hasta la existencia de lugares especiales designados tanto a la atención de las enfermedades por vías médicas, como por inspiración onírica. Esta inspiración se daba a través de un proceso conocido como incubación y desplegaba un conjunto de prácticas en las que los individuos se hacían a sí mismos objetos de cuestionamientos y respuestas simbólicas que se daban en sus sueños para buscar la salud. El fenómeno de la devoción por los dioses sanadores, estuvo muy extendido en su época, pero la expresión a la que da lugar Elio Arístides en su relación con Asclepio, tuvo rasgos por demás singulares. El dios dirigía la vida del sofista por completo. Como tratamos de expresar ampliamente, no se trataba sólo de regímenes alimenticios o corporales, sino también la inspiración intelectual y las constantes más íntimas en la vida de Elio Arístides, fueron prescritas por el dios.

Ha llamado nuestra atención la intensidad de la relación con el dios. La larga enfermedad, que tendría que expresarse en plural porque fueron muchas las dolencias que le aquejaron, se vio prolongada por el intento del de Esmirna por mantener el contacto con Asclepio. Eso lo llevó a sentirse realmente un elegido.

Finalmente, la impresión más fuerte que ha perdurado al concluir este trabajo es la importancia de la fe, más aún la intensidad del fanatismo religioso que toca y revoluciona la personalidad de un personaje tan ilustrado como es un sofista del siglo II. Es inquietante imaginarse e ir descubriendo cómo los hombres en el pasado están tan próximos a nuestro presente. Es decir, ponernos a analizar y concluir que las vidas

fueron, y todavía son regidas, por aquello que desconocemos o no queremos admitir. Parecería que ante tal desazón, el mejor consuelo es el refugio en los dioses o en quien consideramos que es nuestro Dios.

BIBLIOGRAFÍA

- Alsina José, *Literatura Griega, contenidos, métodos y problemas*. Barcelona, España. Ariel. 1967.
- Behr, C. A. *Aristides Aelius*. The Loeb Classical Library. Text and Tr. By C. A. Behr. London: W. Heinemann; Cambridge, Massachusetts: Harvard University, 1973. 458 pp.
- Bouché Leclercq, Auguste, *Histoire des Seleucides*. 8323-64 avant J. C.). Aalen : Scientia, 1978. Reimpresión de la Ed. 1913-1914 publicada por E. Leroux, París.
- Boulangier André y Gernet, Louis. *El genio griego en la religión*. Tr. por Serafín Agua Querol y J. Ma. Díaz Regañón López. 2ª. ed. México, UTEHA. 1960. 372 pp.
- Boulangier, André, *Aelius Aristide et la sophistique dans la province d'Asie au II siècle de notre ère*. París. Ed. de Boecord. 1968. 504 pp.
- Cantarella, Raffaella, *La literatura griega de la época helenística e imperial*. Buenos Aires: Losada, 1972.
- Croiset, Alfred. *Histoire de la Littérature Grecque*, par A. Croiset et Maurice Croiset. 2a. ed. París, Lib. Thorin, 1896. 5v. (v. 4)
- Elio Arístides y Luciano de Samosata, *Discursos Sagrados y otros*. Madrid, Akal/Clásica. 1989.
- Easterlin, P. E. y B. M. W. Knox et al. *Historia de la Literatura Griega*. Tr. española de Federico Zaragoza Alberich. Madrid: Gredos, 1990. Tr. de: the Cambridge History of Classical Literature.
- Festugiere, André Marie Jean. *Epicuro y sus dioses*. Tr. por León Sigal. Buenos Aires, EUDEBA. 1960. 79 pp. (Epicuro et ses deux).

- *De l'essence de la tragedie grecque*. París, Aubier-Montaigne, 1969.
142 pp.
- *Etúdes de religion grecque et hellenistique*. París. Vrin, 1972. 301 pp.
- *Hipocrates. L'ancienne médecine*. Introduction, traduction et
commentaire par A. J. Festugière. New York : Arno Press, 1979.
- *La vie spirituelle en Grece a l'époque hellenistique : 3 Les besoins de
l'esprit dan un marde raffine*. París. A. et J. Picard, 1977. 223 pp.
- Filóstrato. *Vidas de los Sofistas*. Introducción, traducción y notas de María Concepción
Giner Soria. Editorial Gredos. Madrid, 1999.
- Lesky, Albin, *Historia de la Literatura Griega*. Vers. española de José Ma. Díaz Regañón
y Beatriz Romero, Madrid. Gredos, 1968. 1003 pp.
- López Férez, Juan Antonio, *Historia de la literatura griega*, Madrid, Cátedra, 1992. 1273
pp.
- Reardon, B. P., *Courant littéraires grecs des II et III siècles après d. C*. París, Les Belles
Lettres, 1971. 460 pp.